

LA PROTESTA

PORTE
PAGO

SUPLEMENTO QUINCENAL

AÑO VII
N.º 296

BUENOS AIRES, DICIEMBRE 17 DE 1928

El ejemplar
20 Centavos.



Esta huelga revienta mis intereses... Solamente la dinamita policial me salvará... Suficiente pretexto para meter en la cárcel a estos insolentes obreros.

SUMARIO DE ESTE NUMERO:

D. A. de S.: Apuntes.—LUIGI FABBRI: Ideas.—MAX NETTLAU: El pueblo, los autoritarios y los libertarios—Nuestros muertos, Jacques Gross—RUDOLF ROCKER: Los seis caminos—PAUL GIRARDIN Y JEAN BRUNHES. Concepciones sociales y geográficas. La vida y la obra de Elíseo Reclus (1830-1905)—LUIS BONAFOUX: Del arte de hacerse genio—ANSELMO LORENZO: El derecho a la evolución—BIBLIOGRAFIA

APUNTES

LO QUE NO ES ANARQUISTA —

En el movimiento anarquista presente, — tanto desde el punto de vista nacional como desde el internacional, — no es oro todo lo que reluce, no es anarquía todo lo que se proclama tal. Diríamos incluso que estamos corriendo el peligro de ver dominados los factores ideológicos y sentimentales del anarquismo por los factores antilibertarios introducidos más o menos simuladamente en su seno, en la mentalidad ambiente, en las palabras y en los hechos de los que se dicen propulsores del gran ideal.

Repetiremos hasta que la situación cambie que no es precisamente en el movimiento anarquista actual donde se cobija un mundo moral indisputablemente superior. Eso quiere decir que lo antilibertario ha invadido en proporción excesiva, intolerable, el campo libertario, el cual debería singularizarse, no sólo por sus ideas antiautoritarias, sino también por los sentimientos de libertad y de justicia que deben brotar de todos sus actos.

Nos queda la satisfacción de decir a los enemigos que todo lo malo que constatamos en nuestro ambiente no es nuestro, sino herencia funesta del capitalismo y del estatismo. Pero no es grato, de ningún modo, ver deshecho el oasis constituido por nuestro movimiento de libres y de iguales, por la cras que contradicen fundamentalmente nuestras ideas.

En ciertos ambientes nuestros, la atmósfera del autoritarismo es irrespirable; en otros la degeneración ética llega a los extremos de una delincuencia vulgar o de un comadrerío repugnante. Los pensamientos elevados, los sentimientos generosos, las nobles preocupaciones de superación corresponden sólo a una minoría ínfima que podría quedar sofocada si no uniese a su profunda convicción del mal que le rodea, una gran fortaleza de ánimo, una conciencia clara de lo que es preciso hacer, aun quedando por el momento totalmente sola frente a todos.

La peligroso en la obra de saneamiento que es indispensable llevar a cabo de un modo inflexible, está en recurrir a medios más propios

para agravar el mal que para curarlo. Esto hay que tenerlo muy en cuenta. Justamente el veneno de la época, veneno de que no se ha librado el movimiento anarquista tampoco, es el autoritarismo, fascista o bolchevista o democrático, y la regeneración no puede venir más que de la prédica y la práctica de la justicia, de la libertad, de la bondad, de la sinceridad, de la igualdad. Es verdad que hay entre nosotros individuos que parecen incurables, gentes que equivocaron el camino y que estarían mejor, por sus sentimientos y su conducta, entre las bandadas de los dictadores o en las filas de la burguesía; pero esos se irán solos, sin necesidad de excomuniones ni de otras medidas por el estilo, cuando la mentalidad general del movimiento haga espontáneamente el vacío a su alrededor, atrayendo en cambio a los que aman realmente las ideas y las comprenden y son capaces de practicarlas en los límites de lo posible.

Lo que no es anarquista, en una palabra, debe ser expulsado por lo anarquista. En ese sentido es necesario trabajar, y los que se sientan con fuerzas para esa cruzada, deben comenzar por ellos mismos, por matar en sí todo lo que esté en contradicción con la solidaridad, la libertad, la justicia, la cordialidad. Con una minoría que obre de ese modo, atrincherada en la conciencia de su misión, veremos el sol de días mejores para la causa de la anarquía.

UNA FORMA DE CAMALEONISMO —

Para la mayoría de nuestros militantes actuales, las ideas juegan un papel de pariente pobre en la conformación de la táctica cotidiana del movimiento. En lugar de estar las bases de esa táctica en las ideas propias, constatamos, en este país al menos, que los compañeros se guían excesivamente por el sentido del contraste con los movimientos rivales. Hay una gran preocupación por no hacer lo que hacen los llamados "camaleones", sin pararse a examinar si los camaleones hacen algo bueno. Y de ahí surge un camaleonismo más peligroso, el anticamaleonismo morboso de los que buscan

su fuente de inspiración, no en las ideas propias, sino en los actos de los movimientos rivales para obrar de un modo diametralmente opuesto a ellos. Ese neocamaleonismo anticamaleón, que tiene sus palabritas de efecto apropiadas para triunfar, si no para convencer en las reuniones donde el libre examen es una palabra vacía, es por su dogmatismo cerrado, por su incapacidad para la reflexión, por su estrechez mental, tan contrapuesto al espíritu anarquista como el mal del camaleonismo que quiere combatir.

Días pasados, en ocasión de la huelga general pro Radowitzky, hemos podido comprobar una vez más los efectos de esa mentalidad, que busca la táctica a seguir en el contraste con los actos de los movimientos rivales más que en la esencia de las propias ideas. La F. O. R. A. decretó una huelga por veinticuatro horas; respondía la fijación de un plazo a la situación del movimiento y al significado de la acción colectiva que se emprendía. Los que no tienen en cuenta las ideas más que para las declamaciones, gritaron al unísono que esa es una táctica camaleona, que las huelgas a plazo fijo son antianarquistas. Sería inútil preguntarles las razones del antianarquismo de una huelga por un plazo determinado, sería inútil investigar las causas o las fuentes de esa mentalidad en el pasado del movimiento o en nuestras doctrinas. La fuente de esa propensión clownesca a ponerse en ridículo, está en el afán de obrar de un modo "opuesto" a como obran los demás, pensando que así se es más revolucionario. Las huelgas por tiempo indeterminado surgieron entre nosotros para singularizar nuestros movimientos de las huelgas más o menos cohesionadas que prefieren socialistas y sindicalistas. Y el efecto lo conocemos: en un cincuenta por ciento de los casos se han tenido solamente huelgas sin huelguistas. Ese origen no tiene, por tanto, ninguna consistencia ideológica, ninguna razón para aferrarnos a una táctica cuyas consecuencias desmoralizadoras conocemos bien.

No se invoquen, pues, las ideas para defender actitudes que nada tienen que ver con ellas. Lo que hay que hacer es aportar la prueba de que las huelgas descabelladas, truculentas, — que sus más decididos gestores son los primeros en abandonar con el pretexto de que son conocidos y de que la policía los persigue, cuando arrece un poco la represión, — de que esas huelgas a las que muchos de nuestros compañeros se sienten inclinados por los motivos que hemos expuesto, son más benéficas y eficaces que las huelgas cohesionadas, de objetivos

claros, de perfecta responsabilidad en los militantes que las producen. No hay que ir muy lejos para recordar a los compañeros que una buena parte de las huelgas famosas en que se ha embarcado el movimiento, en períodos de represión, después de varios días de languidez, fueron terminadas por nuestro diario en vista de no encontrar ni rastros de Consejos autorizados para dar la vuelta al trabajo.

Nosotros queremos que nuestros movimientos se singularicen, no por el contraste con los otros, sino por el vigor, por la cohesión, por la responsabilidad. Es preciso estar inmunizados contra el ridículo para no sentir los efectos enervantes de una huelga sin huelguistas, prolongada caprichosamente en honor de un revolucionarismo de opereta o de novelas detectivescas.

Las ideas deben servir para algo más que para declamar en su nombre; hay que vivirlas y hay que tomarlas como única fuente de inspiración. Y la táctica que usemos y no esté inspirada en ellas, sonará siempre a hueco, a falso. Y eso que suena a falso, a hueco, es una forma del camaleonismo, lo que no debe extrañarnos porque los extremos se tocan siempre. Pensemos sólo que uno de esos camaleones del anticamaleonismo fué Francisco J. García, el caudillo de los obreros marítimos.

CAUDILLISMO —

Hemos escrito la palabra caudillo. Conviene detenernos un poco sobre ella. Bien podría ser que, con algo de tacto, nuestras organizaciones se repusieran un poco, y el movimiento, al menos desde el punto de vista de la fuerza numérica, adquiriese un poco más de solidez. Y habría que prevenirse contra su destrucción prematura por el factor antilibertario a que antes nos hemos referido y que tiene bastante influencia en el movimiento anarquista. Si existe el truculento dispuesto a declarar huelgas a troche y moche, aun cuando no disponga más que de sindicatos nominales, existe el que, disponiendo de una fuerza relativa, se siente propenso a usar y abusar de ella hasta que todo vuelve a caer en ruinas. Si hay ingenuidad en uno, en el otro nace pronto el espíritu de mando, la psicología del dictador y el resultado final es siempre un descalabro. En 1918-21 se contaba con una enorme fuerza sindical, y nos engañaríamos a nosotros mismos si acusáramos sólo a la reacción irigoyenista de su destrucción. La culpa fué más del factor antilibertario del propio seno que del enemigo tradicional de enfrente. Un sindicato que se siente con fuerza suele prestarse a todos los abusos de esa fuerza, hasta que sus mismas exageraciones producen el dis-

gusto en sus filas, las escisiones y la decadencia.

Muchas veces se nos recuerdan estas cosas por los enemigos. Y los que no tenemos ningún compromiso con la mentira, reconocemos que es verdad, que tuvimos lo merecido en muchas ocasiones al perder toda influencia en determinados gremios o regiones. Lo único que respondemos es que todo eso que se nos cita como fruto de la actividad anarquista en el movimiento obrero, no es fruto del anarquismo sino del elemento antianarquista que persiste aún en proporciones demasiado considerables en nuestras entrañas.

En lugar de ser más justos cuanto más fuertes fuésemos, somos nosotros los primeros en romper todas las formas de la equidad desde el momento en que creemos hacerlo impunemente. Y si la injusticia es repugnante en los que asientan su sistema de vida sobre ella, es mucho más repugnante en los que quieren cimentar un mundo nuevo en la justicia.

El caudillismo en el movimiento obrero es una execrancia autoritaria funestísima. El caudillo de hoy es el comisario de mañana. Por lo demás, ningún caudillo ha quedado mucho

tiempo entre nosotros; su psicología le ha señalado en seguida caminos más lucrativos y promisoros. El anarquista no debe ejercer sobre el movimiento obrero otra influencia que la que se desprende de su ejemplo, de su espíritu alerta y solidario, de su más acertada interpretación de las necesidades colectivas. Y por grandes que sean las tentaciones y por viva que esté la rutina popular que gusta del caudillo, nuestros militantes deben formarse una línea de conducta y ajustarse a ella, quedando siempre en el terreno de la influencia moral sobre el ambiente que les rodea, sin rebajarse nunca a la categoría de caudillos que poco a poco van perdiendo todos los escrúpulos, hasta que llega el momento en que no repararán en medios para imponer su voluntad.

Para todo esto hay en las ideas la mejor solución, y siempre se recomendará poco a los anarquistas que lleven sus ideas como brújula perenne y no como vestido de fiesta.

Es preciso eludir de antemano las causas que puedan llevar a la ruina el movimiento que comienza a reponerse otra vez después de años de pasivismo y de cansancio.

D. A. de S.

(Acuarela por Aurora de Pietro)



Actividad

LUIS FABBRI

IDEAS

LA VIOLENCIA Y LA REVOLUCION. —

El problema social es tan complejo, y el movimiento de ascensión humana hacia la libertad y la igualdad es tan multiforme, que con frecuencia ocurre que se olvida o se descuida ya uno ya el otro de sus aspectos o de las varias formas de acción en el seno de aquel movimiento, especialmente cuando nos apasiona en torno a un argumento especial o restringido.

Los anarquistas son considerados como los factores más decisivos del uso de la violencia en la lucha social; y también, hasta antes de que la revolución rusa revelase al mundo el bolchevismo, eran tenidos por los únicos factores. Pero sobre este argumento no nos hemos explicado bastante, al menos hasta hace poco tiempo. Y así la concepción de la violencia revolucionaria que tienen los anarquistas ha sido presentada por sus adversarios, y a veces por los mismos anarquistas menos conscientes, de un modo tan confuso y tan genérico como para dar lugar a los mayores equívocos. Sobre todo, se ha descuidado el aspecto libertario de la violencia, llegando así a confundirla con la prepotencia por un lado y con la delincuencia por otro, sin tener en cuenta el hecho que, si es verdad que también los prepotentes y los delincuentes son violentos, ellos adoptan la violencia en un sentido diametralmente opuesto al de los anarquistas.

Luigi Bertoni sostenía hace un tiempo que la violencia es algo enteramente distinto de la rebelión; en el fondo eso se reducía a una nueva distinción, casi a una propuesta para cambiar el significado de las palabras. En realidad la rebelión es inseparable de la violencia, aunque la violencia pueda ser también (y lo es generalmente en la mayoría de los casos) instrumento de opresión. Pero es verdad también que no es posible una rebelión, en el campo de los hechos, en el terreno social, sin el subsidio de la violencia, a menos de limitarnos a la simple rebelión pasiva, negativa, de los tolstoianos, la cual tiene también su eficacia, pero carece de toda virtud "resolutiva" en el terreno práctico.

En realidad, los anarquistas, como revolucionarios, son factores del uso de la violencia o, para ser más precisos, de ciertas formas de violencia. Pero ante todo, ¿cómo y en qué sentido son partidarios?

Evidentemente, sólo en tanto que sirve para liberarnos a nosotros y libertar a los demás de las tiranías estatales y burguesas y, desde ahora, para defendernos de los atentados más graves a nuestra libertad y al derecho de vivir por parte de los gobernantes y los capitalistas. Este es el motivo predominante, razonado y razonable; independientemente del cual se puede ser violentos, como en efecto lo son muchos revolucionarios, por impulso, por sentimiento, por reacción, etc., determinantes a menudo potentísimas, utilizables y que no hay que menospre-

ciar, pero que no implican la aceptación de ninguna fe política o social específica y podrían ser explotadas, como en efecto lo han sido a menudo a través de la historia, para fines de dominio y de sumisión.

Hay, además, que tener en cuenta un hecho natural muy común: que con frecuencia, en la acción, se acaba por interesarse uno mucho más por ella que por el objetivo último que se quiere alcanzar con esa acción, especialmente cuando se trata de un objetivo político o social difícil o lejano. Es el caso de muchos revolucionarios que se especializan en determinadas formas de lucha, como las huelgas y la acción directa en el terreno económico y sindical, el terrorismo en el terreno político, etc., y, en tiempo de revolución, en aquellas funciones más especiales cuyas que se refieren al combate y a la destrucción directa de las personas y cosas del enemigo.

Pero para los anarquistas el fin no se separa de los medios; y también cuando hablan de éstos solamente, en ellos está siempre implícito el objetivo final y, sobre todo, la orientación hacia ese objetivo. Cuando los anarquistas hablan de acción directa en las luchas del trabajo, de acción violenta de la clase obrera por sus reivindicaciones, subentienden todas las formas de esta acción, hasta la huelga general revolucionaria, hasta la revolución expropiadora. Cuando hablan de revolución social, entienden la liberación de todos los yugos políticos, económicos y morales — es decir, la anarquía, — así como cuando dan vivas a la anarquía, su pensamiento no vuela por sobre los siglos hasta la humanidad perfecta que está en su aspiración ideal, sino que se refiere a la realidad inmediata; y en la anarquía está implícito para ellos el acto revolucionario y de rebelión libertadora que anhelan y que quieren llevar a cabo lo más pronto posible.

De todo eso surge evidente no sólo que la "anarquía no es violencia", según la expresión del heroico Parsons, sino, además, que los anarquistas no quieren "la revolución por la revolución", si por revolución se entiende específicamente el solo acto o el solo período del combate y de la destrucción. Hay, al contrario, razón para decir que la violencia y la revolución, desde el punto de vista libertario, pertenecen más al Viejo Mundo que al Nuevo, más al autoritarismo burgués que al anarquismo proletario, en cuanto presuponen siempre la existencia de la autoridad contra la cual levantarse y combatir; y en cuanto, bajo ciertos aspectos, ellas mismas son tendencialmente una manifestación autoritaria. Pero el régimen autoritario no lo han creado los anarquistas, ni se rige con el concurso de su voluntad; y no hay que acusarles, por tanto, si deben, por fuerza mayor, conformarse a las condiciones de ambiente y de lucha que la tiranía estatal y capitalista ha determinado.

Si considerásemos la violencia desde un punto de vista idealista, transportándonos con el pensamiento a una sociedad dirigida anárquicamente, en verdad se puede decir que ninguno aborrece la violencia más que los anarquistas. La filosofía de la violencia, según el concepto anárquico, es la antítesis de toda violencia, precisamente porque niega toda autoridad coactiva, y la violencia es ejercicio de autoridad.

Pero si es verdad que no se debe renunciar nunca a las razones superiores de la vida para vivir exclusivamente vegetando, es también verdad que es materialmente imposible renunciar a vivir en nombre de las razones abstractas de la vida — a menos que en los casos excepcionales de supremo heroísmo o de suprema renuncia, como Catón el uticense o Gaetano Bresci, — imposible, es decir, cuando se trata de un pueblo, de vastas masas o también de simples y más restringidas colectividades militantes, las cuales tienen necesidad de un mínimo de vida material, aunque no fuese más que para continuar combatiendo, para vencer y transmitir al porvenir los frutos de la victoria. De aquí la necesidad de aceptar la lucha en el terreno creado por las circunstancias, de adoptar la violencia libertadora para quebrantar la violencia de la tiranía, a pesar de todas las repugnancias sentimentales y morales que la violencia inspira por sí misma.

Dadas las condiciones actuales de la sociedad, la anarquía no puede manifestarse inicialmente más que como una negación — y el significado literal de la palabra lo dice, — negación ideológica que incita a la destrucción material e implica, en un segundo tiempo, la afirmación y la realización en sentido opuesto de una sociedad sobre bases opuestas. Negación de la sociedad autoritaria y monopolista, afirmación de una sociedad libertaria e igualitaria.

Pero como la negación no se deriva de un capricho o fantasía puramente ideológica o abstracta, fuera de la vida, sino de toda la enorme tragedia de la vida social, del sufrimiento humano indecible que toda tiranía y toda explotación producen, de la necesidad incoercible de libertarse de esos males sociales que son un atentado continuo y criminal a la libertad y a la existencia misma de los oprimidos y de los explotados, es evidente que estos últimos están frente a los opresores y a los explotadores, en una condición permanente de ofendidos puestos en la necesidad de defenderse y de rebelarse, es decir, en un estado permanente de "legítima defensa", que se concreta en la rebelión.

Los anarquistas que se hacen exponentes de esa rebelión en teoría y en la práctica, son por eso violentos en defensa legítima contra la violencia gubernativa y patronal; no sólo están contra la violencia incidental y arbitraria de este o de aquel funcionario, de este o de aquel ministro; no sólo contra la violencia excepcionalmente reaccionaria de este o de aquel gobierno; no sólo contra la prepotencia demasiado evidente y excesiva de este o de aquel patrón; sino también y sobre todo contra toda la violencia que yace en la constitución estatal y capitalista entera de la sociedad burguesa.

Podrá discutirse sobre la momentánea oportunidad de esta o de aquella forma de violencia, o sobre la preferencia de consagrarse a una o a otra forma de rebelión violenta; pero, mientras no haya desaparecido toda especie de explotación y de autoridad, contra ella la violencia de los rebeldes será siempre legítima: será siempre una "legítima defensa", tanto si es rebelión contra los patrones o gobernantes ferozmente desangradores y prepotentes, como si es diri-

gida contra formas de opresión y de explotación más atenuadas y relativamente insoportables.

Para hablar con el lenguaje jurídico, la "provocación grave" que da a la violencia revolucionaria el aspecto de "legítima defensa", según nosotros, no consiste en uno o en otro grave acto de prepotencia gubernativa y patronal — el estado de sitio o el lock-out, los estragos populares o la más odiosa condena al hambre, sino el hecho en sí de la existencia del gobierno y del capitalismo.

Tenemos el mismo derecho a rebelarnos contra el ladrón, quiera quitarnos un céntimo o mil francos; tenemos el mismo derecho a rebelarnos violentamente contra una prepotencia, consista en un puñetazo o en un tiro de revólver. Por tanto, la violencia es legítima contra el actual estado de cosas, contra el capital y el Estado, independientemente del modo y de la medida con que somos explotados y oprimidos. El sólo hecho de la existencia del privilegio económico y político, es ya, para los anarquistas, una provocación gravísima y más que suficiente para legitimar toda rebelión contra ella.

Lo mismo se dice de la revolución, que, por lo demás, es inseparable de la rebelión violenta.

Tampoco la revolución es la anarquía. Pero, por enamorados que estén los anarquistas del propio ideal, por mucho que el conjunto de la doctrina anarquista se haya vuelto el alma suya y el animador de toda su vida espiritual, lo que les da la alegría mayor y los mayores entusiasmos es la esperanza de la revolución.

El razonamiento frío hace sus distinciones: observa que el momento revolucionario no puede ser el momento del verdadero triunfo anarquista, insinúa la duda sobre si las necesidades revolucionarias pueden estar siempre en perfecta coherencia con los postulados del anarquismo; pero el ímpetu de la negación antiburguesa y antiestatal, el odio a toda la iniquidad social que oprime a la humanidad hacen que se desee ante todo la revolución.

No debemos dejarnos transportar exclusivamente por ese ímpetu, ni descuidar la preparación del porvenir; correremos el riesgo de ver explotar la revolución por otros arrivistas, correremos el riesgo de tornarla inútil. Es preciso, por tanto, la preparación psicológica y, por lo que es posible, material para que sea realizable, de inmediato, durante y después de la revolución, una vida social sin gobiernos y sin amos. Esta preparación puede ser hecha por la propaganda anarquista, por los grupos anarquistas y por la organización obrera. Pero todo eso no impide que, ante todo, haya que pensar en hacer posible psicológica y materialmente la revolución.

La revolución es un medio y no un fin, de acuerdo; se ha repetido infinidad de veces. Pero no hay que olvidar que la revolución tiene sus virtudes propias, como creadora e incubadora de energías, como educadora moral, como purificadora. Se puede, por consiguiente, y se debe también amar por sí misma. Y en el fondo sería poco anarquista el que, por un melancólico escrúpulo de coherencia doctrinal, se levantara como adversario de una rebelión popular cualquiera en sentido progresivo contra sus dominadores, según la fórmula inconcluyente del "todo o nada".

Es por esto que los anarquistas han visto siempre con simpatía toda rebelión y revolución del pueblo — y no raramente han concurrido a ellas con el sacrificio de sí mismos, — aunque con objetivos limitados o parcialmente diversos, en Bosnia Herzegovina, en Grecia, en Albania, en México, en el Brasil y más recientemente y en más vasta escala en Rusia, en

Alemania, en Hungría, en Portugal, etc. Sabían bien, en la mayoría de los casos, que el triunfo de la revolución podía por el momento contribuir bastante poco al progreso de sus ideas y aproximar en una medida casi infinitesimal el triunfo de la anarquía; pero era suficiente para ellos que el impulso y la orientación de los movimientos populares más arriba indicados fuesen en el sentido de una mayor libertad e igualdad, por lo menos con un objetivo de liberación.

Los anarquistas son, en sustancia, siempre de la opinión de Marx y Engels, que en 1847 concluían su famoso "Manifiesto comunista" declarándose solidarios con todas las revoluciones del pueblo contra los viejos regímenes. Toda revolución es, al menos al comienzo y mientras dure su impulso inicial, un atentado al principio de autoridad, tiende a disminuir la fuerza de la autoridad, a limitarla, a combatirla: eso basta para que los anarquistas la vean con simpatía, la ayuden y participen en ella.

DEFINICION DE LA VIOLENCIA —

Cuando en el examen de los problemas concernientes a la revolución y a la anarquía, hablamos de las violencias, entendemos no la violencia, cualquiera que sea, sino exclusivamente la violencia revolucionaria. La violencia de los rebeldes contra el orden constituido, contra los poderes económicos y políticos que mantienen y defienden con la fuerza y con la violencia reaccionaria y autoritaria ese "orden" artificial, verdadero desorden social.

El escritor francés George Sorel publicó hace veinte o veintidós años su libro famoso sobre la violencia, que pareció una revelación para la gente más opuesta por ideas e intereses de clase, desde Benito Mussolini a Benedetto Croce. Pero la admiración que consiguió suscitar también en ciertos ambientes intelectuales conservadores y antiobreros, es la prueba que aquel libro y también las ideas en él desarrolladas no eran, en gran parte, revolucionarias más que en apariencia, superficialmente. Se exaltaba allí, es verdad, el heroísmo de clase, pero no se daba a la violencia el objetivo exclusivo de liberación, que es lo único que puede justificarla; se experimentaba al mismo tiempo también la exaltación de la voluntad de dominación, que si consigue impulsar a la rebelión a una clase subyugada, es más para sustituir una dominación por otra que para libertar al hombre de toda dominación.

El libro de Sorel es ciertamente interesantísimo; se tratan allí los argumentos más diversos, pero tiene el defecto de responder demasiado poco al título "Reflexiones sobre la violencia" que le dió el autor. No hay en él un examen verdadero y propio del problema de la violencia; el argumento de la violencia cuanto más se le busca, más os escapa, y justamente cuando más parece que se ha llegado a él. Mientras creéis, en cierto punto, haber llegado al argumento, y cuando ya el autor comienza a definir y a razonar sobre lo que entiende por violencia, he ahí que de repente lo aleja una digresión y no vuelve a hablar más sobre la violencia. Es mucho si sobre las trescientas y más páginas que constituyen el libro, encontráis veinticinco dedicadas realmente al argumento anunciado en el título.

¿Qué es lo que entiende Sorel por violencia? Sería un poco difícil comprenderlo. Parece que se refiere con esa palabra sólo a la violencia ejercida por los obreros, poniéndose en huelga y con la huelga general. Pero surge una duda también en esto — duda

que nos es sugerida por la gran confusión que se hace hoy sobre las palabras más sencillas. — ¿No hemos visto hacer equívocos tanto tiempo por los llamados "científicos" del socialismo, con Enrico Ferri a la cabeza, sobre la palabra *revolución*, tanto que se había llegado hace veinte años a concebir una revolución sin rebelión, una revolución legal, pacífica, parlamentaria, reformista? Así ocurrió, en parte, durante los entusiasmos sindicalistas y sorealianos respecto de la palabra *violencia*: con ella se bautizaba también lo que puede haber en el mundo de menos violento, incluso la huelga pacífica de brazos caídos o la idea de una huelga general que soñase con la detención de la vida económica por el simple y solo acto de la abstención general del trabajo.

Tratemos de precisar nosotros lo que es la violencia. La violencia propiamente dicha, en el significado genuino de la palabra, es el acto con que se rompen, sirviéndose de medios físicos o con la amenaza, individual o colectivamente, las relaciones de mutuo respeto (comprendido el llamado respeto a la vida humana) con el enemigo, el acto material de ataque a la seguridad del vivir en la persona y en las cosas de aquellos o de aquel contra quienes se combate, el acto que ignora o viola las leyes escritas y las costumbres, que rompe el pacto común de convivencia para no responder más que al único propósito de perjudicar al enemigo y servirse a sí o a la propia causa. Es en cierto modo la violación momentánea de la misma ley natural, que quiere respetada la persona, la libertad, la vida, la dignidad, la propiedad de todos por parte de cada uno.

Pero entonces, se dirá — y no sin razón, — que en este sentido es violencia también el acto del ladrón, que pone la mano en los bienes ajenos, como el del revolucionario, que quita por la fuerza al rico sus bienes para ponerlos en común; el acto de Trotski que, por sed de dinero, extermina a una familia de inocentes, y el de Angiolillo, que mata al torturador de los inocentes de Montjuich; el asalto a la diligencia por una banda de bandoleros en los bosques de Sila y la insurrección de los hermanos Bandiera en Calabria; los tiros de revólver inconscientes y malvados de un bandido contra un tren y la mina de los nihilistas rusos que hace saltar al aire el convoy del emperador; una revuelta de gentes de mal vivir a mano armada contra la policía que quiere impedir un robo y la barricada de los rebeldes en nombre de una idea, etc. Es violencia tanto la insurrección de los carlistas en España como la guerrilla de Garibaldi en América y sus batallas en Italia; tanto los estragos de las bandas negras contra los hebreos y los revolucionarios, antes de la revolución rusa, en Kischeneff, como las insurrecciones de Moscú y de Petrogrado — y así por el estilo.

Es violencia además, en el sentido propio de la palabra, también la legal o legalizada del verdugo que mata al condenado a muerte, del carabinero que detiene a un reo, de los soldados y de los polizontes que reprimen a mano armada una conmoción popular y la sofocan en sangre, de un ejército que hace guerras y lidia batallas, etc. En rigor de términos también, las mayores violencias son éstas cometidas precisamente por las clases dirigentes; pues todo el orden social actual descansa en el sistema de la violencia, dado que es impuesto por la fuerza, con la violencia o con una amenaza de violencia, a todos los hombres.

Pero semejante extensión del significado de la violencia, hasta la ejercitada desde lo alto del poder, nos llevaría demasiado lejos; y para no engen-

drar confusión, — aun teniendo siempre presente que la peor violencia es la ejercida bajo la impunidad asegurada por la ley y por medio de ésta por quien detenta en sus manos el poder, — limitémonos aquí a considerar como violencia sólo aquella que viola con medios físicos, al mismo tiempo que la ley natural de la vida y de la seguridad del vivir, también las leyes escritas: es decir la violencia que viene de abajo en contraposición a la que baja de arriba.

Definida así la violencia, y limitándonos a la más particularmente considerada en el sentido más arriba indicado, cualquiera ve que hay realmente un abismo entre unas y otras manifestaciones suyas.

Hay actos de violencia, que aun rompiendo con las leyes escritas no reconocidas por los anarquistas, repugnan igualmente de modo absoluto a la conciencia de éstos, mientras que otros los llenan de entusiasmo como verdaderos y propios heroísmos; algunos son tales que todos, hasta los más desprejuiciados revolucionarios los condenan como antisociales y antihumanos, y otros hallan la aprobación de todos los rebeldes y a veces despiertan la admiración, tácita o expresa, de los mismos conservadores y de los más encarnizados reaccionarios que sin embargo los desapruueban y los condenan. Tan unánime como es el oprobio para los asesinos feroces a lo Troppmann y Landru, es la admiración por figuras heroicas como Sofía Perowskaia y Miguel Angiolillo; tanto repugnan a todos las empresas sanguiñarias de los bandidos Ansuini y Tiburzi, como suscitan la admiración o por lo menos el respeto las tentativas insurreccionales de Pisacane, de las bandadas internacionalistas de Benevento, de los insurrectos de la Lunigiana y de Jérez, etc.

¿Hay quizás necesidad de insistir sobre esta diferenciación? No, ciertamente, y el lector observará probablemente que yo pierdo tiempo en abrir puertas ya abiertas. Pero me parece que hay necesidad de precisarlo todo esmeradamente sobre este argumento, porque todas las infamias que se han dicho sobre este argumento contra los anarquistas por los adversarios de toda especie, todas las calumnias y también todas las objeciones sinceras contra la táctica revolucionaria, han tenido origen siempre en una maldita confusión entre violencia y violencia —tan explotado ha sido el horror que inspiran a todos ciertas violencias condenables para desacreditar también las violencias necesarias e inevitables que la historia justifica.

Antes de proseguir, debo advertir que aquí no quiero tener en cuenta algunas de las conclusiones, por lo demás también ellas contradictorias, de las teorías criminológicas de la escuela penal positiva, a fines del siglo XIX y comienzos del XX bastante en boga y encabezadas por Lombroso, Ferri, Garófalo, etc. Estas teorías han sido invocadas a menudo también por anarquistas para sostener que la pena y las leyes son inútiles y para combatir el delito, desde el momento que el delincuente es irresponsable y el delito es siempre consecuencia de hechos sociales o patológicos independientes de la voluntad de quien los comete. También esta teoría de la irresponsabilidad tiene un valor relativo; y por lo demás yo no me ocupo aquí del delito, sino de la violencia en sí como hecho social, sin preocuparme de ver dónde y hasta cuándo es un delito.

Cuando nos encontramos frente a un acto de violencia, por doloroso que sea, nuestra conciencia, nuestro sentimiento moral sufre una impresión di-

versa según los móviles que han determinado el acto de violencia. También los códigos de los diversos Estados castigan de manera muy diversa — cuando no se mezcla la política, — la violencia contra las personas o las cosas llevada a cabo por interés personal, por lucro, por un apetito material, y la violencia ejercida bajo el impulso de una pasión, de un sentimiento o en nombre de un interés general. La ley, en esta valoración diversa de la violencia, no hace más que sancionar en parte una real diversidad de apreciación que yace en la conciencia humana.

Pero nuestra conciencia, nuestro sentido moral, han superado en esta distinción con mucho la ley escrita, la cual se cierra a la distinción entre violencia cometida por un apetito material y violencia cometida bajo el impulso de una pasión. A parte del concepto de la sanción penal, que nos es extraño, nosotros somos tal vez más severos que la misma ley en la valoración de los hechos de violencia llamados pasionales. Nos los explicamos, estamos concordes en considerar irresponsables a quienes los cometen, pero los hechos en sí nos repugnan; y no dividimos de ningún modo la admiración mal simulada y algunas veces manifiesta con que el vulgo los acoge y los comenta. El violento pasional que obra bajo el impulso de un sentimiento exasperado del todo individual, nos produce piedad; pero deploramos el hecho, en cuanto que es violación del derecho ajeno para exclusiva satisfacción de uno solo, es decir en cuanto significa prepotencia coactiva y ofensiva del hombre sobre el hombre.

En suma, la violencia del hombre contra el hombre, que es determinada por apetitos materiales en los unos, por pasiones y sentimientos en los otros, —si nos repugnan de modo diverso, si nos inspiran horror en los primeros y piedad en los segundos, — chocan siempre y ofenden a nuestro sentido moral; y eso porque unos y otros tienen un objetivo y un móvil *egoísta* y obedecen a intereses y sentimientos exclusivamente personales, tendientes a disminuir o violar o coartar los sentimientos y los intereses ajenos. Son en sustancia actos autoritarios, de prepotencia, en perjuicio de la libertad de algunos o de muchos.

La violencia en cambio que no repugna a nuestra conciencia, y que además, cuando nos ponemos en el punto de vista del que la comete o aprobamos ese punto de vista, despierta nuestra admiración o por lo menos la justificación, es aquella que tiene un móvil y un objetivo *altruista*; es decir cuando el que comete una violencia, lo hace no por un interés o un sentimiento suyo exclusivamente personal, sino en defensa o en nombre de un interés o de una causa ajena, — y más especialmente de un interés y de una causa colectiva y general. La violencia en este sentido no es ya la ofensa al derecho ajeno en ventaja o para satisfacción de uno solo, sino que se convierte en defensa del derecho de todos conculcado por un poder o por una institución, — defensa ejercida por obra de uno o de pocos, los cuales lejos de esperar una utilidad para sí saben que corren al sacrificio casi seguro de su propia libertad o de la propia existencia. Como hemos visto ya y veremos aún, la violencia se convierte de tal modo en un acto de legítima defensa.

En este caso, se puede disentir de las ideas de quien comete la violencia, y por tanto considerar equivocado el acto de violencia; pero entonces no es el acto en sí el que juzgamos, sino su móvil. Nos-

MAX NETTLAU

El pueblo, los autoritarios y los libertarios

Lo que hace falta al *socialismo* — emplearé esa palabra para describir un socialismo real e integral que, según nosotros, no puede ser más que la anarquía, pero que para otros podrá también ser una forma menos perfecta, pero no autoritaria, y progresiva, de justicia social realizada según sus capacidades y necesidades inmediatas, — es que salga del estado en que no es más que un modelo de perfección, que el pueblo se siente incapaz de alcanzar y que entonces no ensaya siquiera. Ese socialismo perfecto es análogo a la religión perfecta, que el pueblo deja a los sacerdotes, de los cuales es el oficio, y que sólo los más piadosos tratan de realizar por una vida de abnegación, de sacrificio ante lo cual el pueblo se inclina con respeto, pero no imita. La religión cristiana sostiene desde hace casi dos mil años ante el pueblo el ejemplo del martirio de Jesucristo y de millares de mártires, anacoretas, hombres y mujeres de vida santa e íntegra; el pueblo deja hacer y vive su vida propia, que le es dictada por otras muchas influencias más directas y realistas.

Cuanto más elevado sea el ejemplo que se presenta al pueblo, menos capaz se siente éste de seguirlo, menos lo sigue. ¿Qué no se ha hecho para mostrar al pueblo el martirio de Babeuf, las hecatombes de los combatientes de junio de 1848, las masacres en una escala mayor todavía de los defensores de la Comuna de París en 1871, el sacrificio de los anarquistas y rebeldes en España, Francia, Italia y otros países, el martirio de Ferrer, el asesinato de Sacco y Vanzetti y otros mil suplicios de víctimas de las buenas causas populares? Todo es un culto piadoso para nosotros mismos y mantiene nuestra determinación de luchar contra el sistema maldito, pero, no nos engañemos, no impresionamos más que a algunos hombres generosos con ello, no a las ma-

otros, los revolucionarios, tal vez no habríamos aprobado en 1793 la muerte de Marat, y pensamos que la idea que guió el brazo a Carlota Corday era funesta para el interés y para las idealidades de la revolución francesa. Pero si hubiésemos conseguido colocarnos en su punto de vista, no sabríamos probablemente condenar a aquella mujer que, a pesar de todo, despierta en nosotros un sentimiento de admiración.

Pues el que, por una fe sincera y fuertemente sentida — no importa si equivocada desde nuestro punto de vista — se lanza a su riesgo y peligro en una empresa de muerte y hace con ello, desinteresadamente, el supremo sacrificio de la vida, merece el más alto respeto y no puede menos de suscitar la admiración de todos los hombres honestos y justos.

Estas sienten que eso no está a su alcance, quieren vivir y no convertirse en víctimas y mártires, dejan eso, como en los siglos pasados, a los santos y a las santas, que se veneró pero que se guardan bien de imitar.

Las masas están en su mayor parte todavía en su mentalidad secular de *auto-defensa* contra las fuerzas físicas organizadas que amenazan y aplastan a los aislados y no-solidarizados, la ley, el privilegio, con sus órganos físicos, del alguacil y del gendarme al ejército, determinados a romper todo desafío por la violencia, hasta imponer la muerte por el fusilamiento del o de los no obedientes y rebeldes. Esa autodefensa ha sido siempre sea el esfumamiento, la obediencia tácita, para no ser advertidas y no llegar a ser objeto de alguna sanción especial, el sabotaje tranquilo, trabajar lo menos posible para salvar el cuerpo del agotamiento y de la exangüedad completas por la explotación incesante, una ayuda mutua en familia, entre amigos y vecinos, que atenúa muchos sufrimientos de otro modo insostenibles, y — molesta causa de la continuación del sistema maldito — para muchas personas el deseo de elevarse de las filas, de colocarse del lado del mango de la escoba, de llegar a ser una parte minúscula de la autoridad, en una palabra, de estar del lado de los más fuertes, sirviéndoles en sub-orden y disfrutar así de una seguridad que el proletario que queda en las filas no gana jamás. Este último fenómeno, que es muy común, es la tragedia de la época: si el proletario no es ahorrado por una muerte prematura, llega el tiempo en que los unos, por su edad, se vuelven cada vez menos capaces de encontrar dónde ganar su pan, y en que los otros, al ascender a las filas de los capataces, pequeños empleados burócratas y semejantes posiciones de confianza repartidas por los explotadores, se separan de sus camaradas y se convierten en perros de guardia del capital.

Toda familia obrera tenía y tiene ese problema de la autodefensa individual ante ella; es la vida misma, con su infinidad de combinaciones y de posibilidades, y será necesaria una *fuerza intelectual y moral, física y coordinada, verdaderamente superior*, para que las masas se confíen a ella y quemen sus barcos.

El socialismo ha hecho todavía muy poco bajo este respecto, y, lo que es peor, ha desarrollado ya, en todas sus formas, defectos muy difundidos, los de la debilidad, de la desmoralización, de la insuficiencia y de la incoherencia, y si las masas le siguen menos que nunca, es que está lejos de inspirarles esa verdadera confianza, sin la cual no se confiarán nunca a sus iniciativas.

Si yo digo debilidad, desmoralización, insuficiencia e incoherencia, no es que me erija en censor de tantos esfuerzos abnegados, que yo respeto y que

reaniman en mí la esperanza, sino que quiero decir que una ojeada de conjunto sobre un siglo de socialismo da tales impresiones generales. Voy a tratar de dar mis razones para esa afirmación.

Manifiestamente sobre una cuestión de tal importancia y amplitud como la mejor forma de socialismo no se puede llegar al acuerdo sin una verdadera experiencia que no es accesible durante el predominio del capitalismo. Ni las primeras sistematizaciones del socialismo, que la intensificación del capitalismo por el maquinismo produce como contragentes hace un siglo, ni las formas del socialismo que, de la manera más diversa, han sabido conquistar el mayor número de adeptos, poseen un verdadero título que les dé una superioridad sobre otras hipótesis de la mejor forma del socialismo. Pero en lugar de reconocer eso y de proceder todos en emulación amistosa a la investigación de experiencia que fertilizaría todo ese gran esfuerzo tan variado hacia el bienestar social, se está desde el comienzo hasta hoy en lucha fratricida continua entre las diversas hipótesis socialistas, lucha que no muestra ningún síntoma de apaciguamiento y que es ciertamente la fuente de gran debilidad. Porque en esas condiciones cada matiz socialista se afirma con fanatismo, intolerancia, desprecio de los demás, y se echan los unos sobre los otros, se refutan recíprocamente, ya sean los Owen y Fourier de hace un siglo, o los partidos, organizaciones, oradores y periódicos de hoy.

Si yo digo *desmoralización*, hablo de los que han renunciado realmente a preparar la gran lucha, que precederá a las realizaciones futuras, y que tratan de hacer una cosecha prematura. Son fundamentalmente diferentes de aquellos que, por la cooperación y la solidaridad, por el desafío a las leyes y a las costumbres, por una audaz perseverancia tratan de crear ambientes socialistas desde el presente, sea colectivamente o asociándose, sea individualmente por una vida de insumisos y de hombres que pagan con su persona e inspiran su ambiente con su ejemplo: esos hacen lo mejor que se puede hacer.

Pero todos conocemos al socialdemócrata, convertido desde hace mucho tiempo en colaboracionista del régimen actual, el político que mejor sabe adaptarse absolutamente a todos los regímenes, que bajo forma de Stalin o de Mussolini, de Briand (el hombre que mantiene el record de la multitud de veces que ha sido ministro) o de Hermann Müller en Alemania, de Macdonald o de Vandervelde, de Branting en Suecia o de Stauning en Dinamarca, de los colaboradores de Primo del Partido socialista o de los socialdemócratas en coalición clerical desde hace algunos años en Austria, que bajo esas formas de políticos ministrables con kyrieles inmensos de funcionarios para todas las administraciones, forman o han formado ya los gobiernos de casi todos los países de Europa. Por una carrera cada vez más claramente trazada el socialista que se dice marxista, llega, adaptándose gradualmente, a ser el instrumento de gobierno más plegable de Europa, y eso no sin razón: porque los burgueses que poseen están agrupados según sus intereses y divididos entre sí y no gustan de confiar el poder a una de sus fracciones. Entonces el socialdemócrata, el hombre sin intereses burgueses y dotado sólo de grandes apetitos y del deseo de triunfar, es el hombre al cual todos los partidos confían alguna vez formalmente la representación de sus intereses, sabiendo que es un inofensivo, como los orientales confían la guardia de sus mujeres a los eunucos, sabiendo que no son machos. Adaptado has-

ta hacer función de eunuco — he ahí, pues, lo que ha llegado a ser el socialismo colaboracionista.

Se puede hablar bien de *insuficiencia* cuando ninguna de las catástrofes que han afectado a la humanidad, ninguna de las intensificaciones del capitalismo ha sido impedida todavía, ni siquiera seriamente combatida por el socialismo organizado por millones. Ni las guerras ni la opresión de las minorías nacionales, ni los trusts y todas las otras explosiones piráticas del capitalismo orgulloso, ni la intensificación del capitalismo por la racionalización, la del estatismo por la invasión progresiva de los Estados en la vida de los hombres y el aumento continuo de funcionarios administrativos. Ni la rebelión, después de las derrotas sangrientas de 1848 y 1871 y de las derrotas locales en España y en Italia ha producido una manifestación más reflexiva y consciente que los cataclismos a consecuencia de guerras desesperadas en 1917-19 en Rusia, Alemania y en Hungría; las expectativas de una acción más razonada que se mantenían respecto de Italia y de España en esos años han sido cruelmente frustradas. Ni la huelga general, la resistencia pasiva, el sabotaje y otros medios de lucha han sido practicados en una escala verdaderamente grande, internacional, con frecuencia y perseverancia; lo que se vió fueron siempre episodios locales y territoriales, sin repercusión en otras partes. Así, verdaderamente, exceptuados algunos grandes impulsos locales, lo que ocurrió fué siempre restringido y episódico y, si se exceptúa la Rusia de 1917, se extingue por el aislamiento. También Rusia, un faro que habría debido iluminar, alumbrar, impulsar a la acción las fuerzas socialistas del globo entero en 1917, queda siempre aislada; los pueblos permiten que sus propios aliados la combatan y ella se vuelve así la presa de usurpadores que entre su socialismo y el de casi todos los otros levantan pronto una barrera infranqueable: así el gran ejemplo, más de cien millones de hombres en Europa desembarazándose, al menos en 1917, de los capitalistas, de los grandes propietarios y de la administración zarista, queda sin efecto y esos millones vuelven a caer bajo el yugo de un nuevo capitalismo estatista y privado y de una nueva administración, que se dice socialista.

¿No hay *incoherencia* cuando el pueblo, si quiere conocer el socialismo, ve ante todo una feria de concurrentes en socialismo, donde cada cual hace el elogio de su artículo y desacredita la mercadería de sus concurrentes! El obrero abre un folleto — allí se preconiza la dictadura, el sovetismo, el todo en nombre de una autoridad venerable, Karl Marx; — abre otro, socialdemócrata, que hace el elogio del parlamentarismo y de las reformas, reclamándose también del venerable Marx; abre un tercero, sindicalista, que se burla de la dictadura y del parlamentarismo, que preconiza la acción directa y que es bastante escéptico respecto de Marx y que se inclina más bien hacia un llamado Bakunin, del que comunistas y socialdemócratas tienen horror. Abre un cuarto, anarquista comunista que, a menudo, no habla del sindicalismo más que con grandes reservas, como un *pis-aller*, o bien cae sobre un folleto individualista y antiorganizador: entonces aprenderá claramente que ese matiz tiene una opinión muy pobre de todos los demás y recomienda vías de emancipación individual muy diversas. Así, por organizaciones, grupos, reuniones, periódicos, conocidos y amigos personales el obrero está expuesto al azar de conocer uno de esos matices de socialismo que están completamente desunidos, que no tienen nada

de común entre sí (exceptuadas las relaciones en el fondo bastante agríduces entre sindicalistas y anarquistas), que desvalorizan la una a la otra en ideas, historia y personalidades militantes presentes, que — lo más común — se conocen cada vez menos unos a otros: porque si el anarquista y el sindicalista se informan todavía un poco sobre la marcha de los otros, esos, socialdemócratas (todos) y comunistas (exceptuados algunos jefes que acechan todas las ocasiones) no tienen ningún interés y se encuentran en una ignorancia negra sobre las ideas y acciones de los sindicalistas y de los anarquistas. Aparte de eso, cada grupo está más o menos dividido en sí mismo, ala derecha y ala izquierda, ortodoxos y heréticos, para no hablar de las cuestiones que giran en pro o en contra de ciertas personas, organizaciones, periódicos, etc. El recién venido, creyendo franquear las puertas de la gran concepción socialista que es toda libertad, fraternidad y solidaridad, se encuentra en cambio en una colmena, en un hormiguero, más bien en un avispero; se convierte en hombre de partido o es decepcionado, se va o se vuelve hombre de rutina que de año en año participa formalmente en movimientos, es decir, en algunas acciones colectivas que cada matiz sabe producir sin que, con mucha frecuencia, siga a ellas algún verdadero progreso; los años pasan así y la situación ha cambiado poco, como lo muestran muy bien la truculencia continua y hasta creciente del estatismo, del capitalismo y del militarismo.

Entre las decenas de millones de hombres de la vida ordinaria, no capitalistas, pero tampoco socialistas, en los grandes países, y los millones que de cerca o de lejos — los millones desde bien lejos, los centenares de millares desde más cerca, las decenas de millares con una verdadera intensidad — son alcanzados por las ideas socialistas en el sentido más amplio y general hay, pues, siempre una distancia que no ha sido franqueada todavía. La confianza falta y los mil modos de desenredo individual, no importa con qué sacrificio de dignidad humana, son todavía preferidos por las verdaderas mayorías del pueblo.

Se resigna uno demasiado pronto a ese hecho, cuando se dice que las revoluciones son siempre la obra de minorías, y que la masa les seguirá. La masa les sigue en ese sentido muy precario, que deja en caso de necesidad a los revolucionarios matarse entre ellos en sus disensiones, como durante la revolución francesa, como durante la presente revolución rusa, y que continúa viviendo a su modo, lo mejor que puede, como los campesinos franceses en tiempo de la Revolución o del Imperio de Napoleón I, y como los campesinos rusos durante todas las variaciones bolchevístas. Las inmensas mayorías han rehusado siempre su verdadero concurso a las revoluciones, han aceptado los beneficios de las revoluciones cuando lo pudieron hacer sin gran esfuerzo ni riesgo, como los campesinos franceses y rusos han tomado posesión de la tierra, cuando ya nadie prohibía seriamente el acceso a ella. Pero han dejado perecer las revoluciones con la misma indiferencia, fracasar a Francia en manos de Bonaparte, deslizar a Rusia a través del sistema bolchevista hacia una suerte todavía desconocida.

Con esa aquiescencia muy pasiva de las masas indiferentes y sordamente desconfiadas y hostiles, no se llega, pues, a gran cosa y el problema queda siempre el mismo: *¿Cómo dar al pueblo una verdadera confianza en el socialismo, cómo hacerle el socialismo verdaderamente atractivo y deseable?*

No es fácil responder a esta cuestión, y estoy muy lejos de creer que pueda hacerlo, pero, sin embargo, habrá que encarar esta cuestión a fondo o patinaremos sobre el mismo lugar, no pasamos de una cierta marca media, reclutando fuerzas que son demasiado débiles para abatir el sistema presente que está de tal manera anclado en la conciencia de casi todo el mundo.

Se tiene la afirmación *reformista* de que continuamente la posición de la clase obrera es mejorada por concesiones y conquistas parciales y que, en consecuencia, está segura de llegar a su liberación gradualmente sin revolución y, por decirlo así, automáticamente. Están aquellos que dicen que, como el parlamento puede votar que el impuesto sobre la renta será de 3, 5, 10 para los ricos, puede votarse un día que será de 30, 50 y 100 y el trabajo se habrá librado de sus explotadores. El socialismo parlamentario se burla del pueblo por tales engañosas, también aquel que será omnipotente el día que tenga 51 por ciento de los votos en el parlamento y la burguesía sólo el 49 por ciento. Eso nos parece ridículo, pero basta, sin embargo, para la voluntad socialista de millones de electores en los países en que el parlamentarismo está todavía en vigor. ¿De dónde vendrá el socialismo, si para millones de sus adherentes nominales no tiene más que esa forma completamente anodina, a la cual se une la participación en las grandes organizaciones obreras — las organizaciones alemanas cuentan 4.600.000 miembros en su congreso de septiembre de 1928, — participación que hace del miembro individual una unidad infinitesimal frente a un enorme engranaje que lo dirige? De una nulidad e impotencia frente al capital y el Estado, el obrero pasa, pues, así, por ser ya hoy una nueva nulidad e impotencia en un electorado de millones y en organizaciones de millones también, que, como ocurrió en Rusia, serán un día puestas a las órdenes de un Estado, único capitalista, dirigido por los jefes de las organizaciones, nuevo gobierno. Así, sin saberlo casi, el obrero pasará de la dominación de los unos a la tutela de los otros, y permanecerá la víctima que un engranaje despiadado unce a su trabajo, como sus antepasados fueron adscriptos al suelo en calidad de siervos.

Para que esto sea posible, no se tiene que cambiar nada en la mentalidad popular tradicional, es decir, sólo basta continuar su sumisión pasiva a la autoridad. Cuando Robert Owen, en 1848, expuso sus ideas generosas en Aix-la-Chapelle a Friedrich Gentz, el alma abominable de la Santa Alianza, reunida allí en conferencia, Gentz le respondió que se sabía muy bien que en un sistema razonable todos podrían ser felices, "pero nosotros no queremos que las masas se vuelvan prósperas e independientes de nosotros. ¿Cómo podríamos gobernarlas si lo fuesen?" (v. *The Life of Robert Owen*, escrita por él mismo, London, 1857, pág. 183), y Lord Lauderdale, un miembro de los más influyentes del House of Lords, le llegó a decir: "¡Oh! lo veo bien todo. Nada más completo para los pobres y las clases obreras. ¿Pero, qué será de nosotros?" (pág. 216), y dijo en la House of Lords entonces que "si se da cabida a M. Owen y a sus planes, ningún gobierno de Europa podría quedar en pie ante ellos" (pág. 237). Hoy, un siglo después, lo que sentían los reaccionarios y los privilegiados de entonces hacia los planes más elementales de Owen, para mejorar la suerte de los obreros, los socialistas autoritarios lo sienten hacia los libertarios. ¿Se cree que defienden su socialismo autoritario por convic-

ción de las verdades del marxismo, por vacilación ante una libertad demasiado brusca sin experiencia precedente y por otras razones teóricas y sentimentales? Algunos socialistas de buena fe lo hacen todavía, pero para la gran masa de los jefes y burócratas que ese socialismo de millones ha producido, el problema se ha vuelto exactamente el mismo que para Gentz y Lord Lauderdale, ¿cómo podríamos gobernarlos, si fuesen libres? ¿Qué será entonces de nosotros? ¿Qué gobierno podrá quedar en pie, si el pueblo quiere vivir en libertad? Eso es lo que hace irreconciliables, incurables las divisiones entre autoritarios, herederos, como en Rusia, del poder de los zares y de las riquezas de dos medios continentes, Rusia y Siberia, futuros herederos del poder y de la riqueza en Inglaterra, en Francia y en otras partes — y entre libertarios que quieren que no sea así, que el funcionario como el parásito capitalista entre en las filas del trabajo si quiere comer. La cuestión social no es sólo entre capitalistas y obreros, y la cuestión de libertad entre Estado y anarquía — es claramente planteada y se acentúa continuamente entre socialistas autoritarios, jefes, cómplices y víctimas y socialistas libertarios y todos los humanos libres.

Sería verdaderamente una farsa siniestra si la esclavitud, la servidumbre, el salariado fuesen seguidos del sometimiento del pueblo al Estado. Todas esas etapas del calvario humano fueron comenzadas por las víctimas con una especie de esperanza, como escapatoria de una situación peor todavía. El vencido que a partir de cierto tiempo no fué ya muerto y comido, pero que salvó la vida y fué hecho esclavo, ha debido considerar eso como un progreso. El aislado, inerme y débil agricultor se ha puesto al abrigo bajo la protección de un guerrero feudal que acabó por hacerlo siervo suyo. El aldeano, más tarde, cree salvarse de la miseria y de la estrechez de la aldea en la fábrica y se convierte en salariado supuestamente libre, pero consumido, como el carbón de los hornos, por la fábrica devoradora. De esa esclavitud de los capitalistas privados el obrero organizado se refugia ante el Estado, que el socialdemócrata le recomienda y cae en el sometimiento al Estado, como los obreros en Rusia después de una revolución social tan memorable. ¿No es esa una ilustración notable del: cuanto más cambia, más es la misma cosa, y no es preciso salir de este estado de victimación perpetua?

Pero el factor común a todos estos estadios es este: que una derrota inicial, que lleva a la sumisión y a la explotación de los más débiles por los más fuertes, es perpetuada por la no-resistencia, la servidumbre voluntaria de enormes masas hacia las minorías opresivas, muy violentas y crueles, muy engañosas y corruptoras sin duda, servidas por un gran número de cómplices, pero que son minorías sin embargo, que no una rebelión, sino la simple negativa a alimentarles y a dejarse explotar continuamente por ellas, mostraría en su impotencia práctica. Es sorprendente por qué medios de brutalización y de engaño la minoría de los poseedores, es decir de los usurpadores y de los acaparadores, ha conseguido a través de la historia, y consigue ante nuestros ojos, en todas partes del globo, tener en jaque, desvalorizar hora por hora, remachar a una vida de miseria a innumerables millones de pueblos, —ellos, los pocos, las pequeñas minorías de verdaderamente ricos, ayudados por no importa qué número de cómplices, pero que son siempre una débil minoría comparados con las masas del pueblo. Y el

socialismo autoritario donde triunfó no cambió nada: no se puso con el pueblo para mostrarle los caminos para realizar su libertad, se pone en lugar de los jefes capitalistas y estatistas y reina sobre el pueblo, como en Rusia y como en las municipalidades socialistas, como en Viena, como en todas partes donde puede erigir su dominio.

Fatalmente, en todas las grandes ocasiones que determinan la vida social por un largo periodo de antemano, el pueblo se ha dejado pues engañar y extraviar, siguiendo una ruta que le permitió más bien protección, seguridad, un abrigo todo lo precario que se quiera, más bien que defender sus propios intereses luchando por su verdadera liberación. Está hoy en tren de dejarse llevar del *Klassenstaat* al *Particistaat*, progreso aparente, pero que sellará de nuevo su sumisión por largo tiempo.

Es triste. ¿Es inevitable? La ausencia total de una educación hacia la libertad lleva sus frutos. La parte mínima que jugó la libertad en la vida de los hombres de los siglos pasados y hoy ¿es diferente? Se sugiere al pueblo la ilusión de una libertad, pero en realidad todo se hace por encima de su cabeza en interés de los privilegiados, y la menor iniciativa libre de alguno que no es de la esfera de los gobernantes, es obstaculizada. Es probablemente imposible que después de un esfuerzo libertario todavía tan joven, como el nuestro, sea de otro modo. El esfuerzo libertario y el esfuerzo liberal y humanitario en general, no carece de resultados, pero la hostilidad y la inercia que se oponen a ellos, son todavía fuerzas demasiado grandes para escindirse.

Pero nos queda la conciencia de estar en el buen camino y de ser una parte de esos luchadores que en todos los siglos, por su espíritu libre y su desafío a las autoridades establecidas, abruma a la "mayoría compacta" de opresores, cómplices y víctimas, y que por su obra se han creado ya bases firmes en algunos dominios de la vida humana. La "mayoría compacta" no quiere ni la ciencia ni el arte, ni ningún gesto humano que supere el término medio, pero no puede eliminarlos ya, ni pasarse en absoluto sin ellos, aunque haga todo lo que pueda por decepcionarles y rebajarles a su nivel, sea por su patronato, sea por su abstención ruinosa. Ha conseguido asimilar una gran parte del socialismo que, humanamente generoso en sus comienzos y llevando en sí la facultad de desarrollarse hacia la libertad y hacia la autoridad, le fracasó en su rama autoritaria, como acabamos de constatarlo.

Fué una decadencia, una decadencia equivalente a la de la religión cristiana, social y moralmente elevada en sus comienzos, cuando se formó la burocracia eclesiástica y cuando se convirtió en religión oficial de los Estados — equivalente a la de los hombres instruidos cuando se hicieron y se hacen instrumentos de los intelectuales de la autoridad, los apologistas de los sistemas sean capitalistas o socialistas autoritarios.

A pesar de todos esos detritus, la ciencia, el pensamiento libre, el sentimiento generoso humanitario, la moral libre, la dignidad humana y la rebelión existen y llevan la frente en alto, y el socialismo libertario, la anarquía en todos sus matices, tienen su puesto en las filas de esa falange sempiterna de la libertad. Es en ese ambiente donde deben nacer las formas atractivas del socialismo que causen realmente una impresión sobre la conciencia de los humanos todos, como un gran descubrimiento de la ciencia, una obra de arte de primer orden, un gesto generoso y heroico, un acto de rebelión

verdaderamente valeroso y bien aplicado lo han hecho siempre. No es el primer golpe el que despertará la conciencia amodorrada de los hombres, sino cuando vean nacer a su lado — en fantasía, en idea, en actos, en conducta, en mil aplicaciones — un nuevo mundo libre y dichoso, es eso lo que podrá despertar a los menos somnolientos y hacer fundir el hielo de la indiferencia y de la sumisión fatalista.

No basta, pues, criticar los sistemas autoritarios presentes y futuros, ni asaltarlos directamente por impulsos heroicos que se quiebran contra el muro de las "mayorías compactas" — es evidente que yo no desprecio ninguna de esas actividades, — sino que ante todo es preciso crear algo que valga, algo que demuestre y establezca la superioridad de la libertad sobre la autoridad, como la de la ciencia sobre la ignorancia, de la eficacia sobre la incompetencia, de la razón contra la fe, de la bondad sobre la maldad, etcétera, son ya establecidas, aunque oscurecidas siempre de nuevo en la conciencia humana, incluso aquella de muchos de los más obtusos.

Es preciso saber, pues, ser útil a la humanidad, ser inteligente y práctico, presentar verdaderas soluciones libertarias a todas las cuestiones angustiosas que la atormentan, mostrar la alegría de espíritu y de corazón de los hombres verdaderamente emancipados, en una palabra, es preciso ser los primeros en el verdadero servicio intelectual y moral de la humanidad. Esa masa, por deformada que esté su conciencia por un régimen autoritario de centenares de millares de años, no carece de receptividad para lo bueno, lo verdadero, lo bello, lo bello, incluso tiene sed de ello, pues ve muy poco. No le ofrezcamos, por tanto, teorías crudas como un rebarbativo: hay que dejarlo o tomarlo. No creamos que cuanto más escribe un periódico como censor despiadado, como profeta alucinado, como indignado furibundo, tanto más apela a los hombres. No, eso no da satisfacción más que a aquellos que escriben eso, y a sus amigos tal vez, pero equivale a nada y a no acontecido para aquellos que están fuera de ese círculo limitado, o bien afecta a uno sobre diez mil, que viene entonces a nosotros y que reemplaza a otro, sobre diez mil, que en el curso de la vida muere o se retira, y así quedamos si no estacionarios, al menos aumentando en proporción minúscula, que no pesa y no nos hará factores más escuchados en cincuenta años, de lo que somos ahora.

Queremos, en fin, salir de ahí y no saldremos si no por muchos más de esos esfuerzos, muy variados, de que yo hablo aquí.

Si pensamos en los Bakunin y Tolstói, en los Reclus y Kropotkin, ellos tenían el oído del mundo, uno por su vida de aventuras valerosas, el otro por su arte incomparable, el otro por una ciencia verdaderamente humana o por su vida de abnegación y de trabajo. No podemos improvisar tales hombres, pero no debemos desalentar a los hombres de talento de venir a nosotros, haciendo creer que estamos ya en posesión de una doctrina anarquista establecida y que no tenemos necesidad de aportar modificaciones. Cada uno de esos cuatro hombres ha sabido crear una anarquía original según su espíritu y las necesidades de su sentimiento, y los cuatro han aportado algo nuevo, que nosotros somos felices de conocer. No creamos que el cuadro de la anarquía está ya repleto — no sería ya la anarquía si alguna vez se creyese acabada.

Entonces, para volver al punto de partida de estas consideraciones, si queremos acercar el socialismo a los hombres, no basta darle las formas más

perfectas, que justamente lo alejan del alcance de los humanos, que creen entonces que no es accesible más que a los santos y por el camino del martirio. Debemos luchar para impedir que las grandes formas del sometimiento, *esclavitud, servidumbre, salariado*, sean sucesos de la nueva forma que se prepara: *Staatsklaverei*. No lo conseguiremos más que cuando sepamos conquistar al menos esa posición, que la ciencia y el pensamiento libre, el arte y otras manifestaciones y productos de la *libertad* han sabido conquistar ya a través de las edades, frente a los obstáculos autoritarios. Han triunfado gracias a la solidaridad mutua de los hombres de libertad y nosotros debemos ser de esa falange. Pero el secreto de su victoria (por relativa que sea todavía), fué que han sido útiles a la humanidad, prácticos, indispensables en lo sucesivo. Han sabido crear valores, sin los cuales la humanidad no quiere y no puede pasar. Es pues sobre esas líneas que debemos manifestarnos también, sabiendo crear, sabiendo ser útiles, hundiéndonos en los problemas que tienen en suspenso a la humanidad.

Una abstención doctrinaria, fría, la pasión, la cólera, incluso el sacrificio que queda incomprendido, esos no son los medios para entrar en contacto con la gran masa de la humanidad.

He ahí lo que yo quería decir una vez más, solicitando la contradicción. Las cosas se presentan así a mi espíritu, en cuanto vuelvo los ojos del periódico repleto de anarquía ante mí y miro otro, en el cual, si recorriese diez años, no hallara ya el menor rasgo de nuestras ideas o su completa mala interpretación y desprecio, o cuando miro a los hombres a mi alrededor, que ignoran la primera palabra de todas esas cuestiones y no se ocuparán de ellas nunca. Se volverán asalariados de Estado en lugar de asalariados privados, si lo hacen, como los funcionarios de monárquicos privados se han convertido en republicanos jurados, en 1918, en algunos países de Europa, o como los albaneses de republicanos que eran con Zogú como presidente se han vuelto estos días — con una bella perspectiva de la horca en caso de vacilación — realistas con Zogú como rey, — pero a eso se limitará su parte en la vida de la humanidad, y no son hombres malos por eso, sólo que ellos duermen un sueño intelectual secular y en ese sueño son transferidos de unos a otros, en la hora actual de los capitalistas a los futuros gobernantes socialdemócratas o bolchevistas. Por tanto ¿qué hacer si no es por la vía que se ha presentado a mí? Yo quisiera conocer una mejor, si me he engañado.

7 DE SEPTIEMBRE DE 1928

"LA PROTESTA"
(diario)

y el SUPLEMENTO.
(revista quincenal)

Subscripción mensual a ambas publicaciones, \$ 2.50. — Pago adelantado.

Todo importe remítase a Mariano Torrente. — Perú 1537.

NUESTROS MUERTOS

JACQUES GROSS

El jueves 4 del corriente, después de una semana de enfermedad, ha muerto nuestro camarada Jacques Gross, a la edad de 73 años. Toda su vida, desde la primera juventud, ha sido consagrada a ayudar la propaganda de nuestras ideas y sobre todo a una admirable obra de solidaridad, que ha proseguido con una generosidad incansable durante cincuenta años. Y esa obra no se ha ejercido sólo en nuestro ambiente, sino también en el seno de otros grupos donde no vacilaba en penetrar, siempre preocupado por tener de nuevo medios de hacerse útil. No se ha servido nunca de los hombres para él mismo, sino para hacer servicios a otros; tenía el arte de pedir a cada uno lo que podía o lo que quería dar mejor a otro, a fin de realizar la más amplia ayuda mutua entre una multitud de amigos, de conocidos y también de desconocidos que se hallaban contribuyendo por intermedio de él al bien de unos y de otros. Todo eso por una acción individual y casi oculta, por una profunda necesidad de su personalidad, sin la más lejana idea de recompensa o de reclame. Su nombre, a pesar de una actividad desbordante, no ha aparecido nunca en nuestros periódicos.

Jacques Gross ha sido siempre de los nuestros. Ha contado entre sus amigos personales las figuras más salientes del anarquismo y, bibliófilo apasionado, se había formado una de las bibliotecas más completas de todos los escritos y publicaciones anarquistas. Estuvo con nosotros no sólo por el corazón, sino también por el pensamiento. Conocía muy bien la historia, el desenvolvimiento y las tendencias de nuestro movimiento, al que ayudó hasta la víspera de su muerte. Era un verdadero placer entretenerse con él sobre cuestiones de propaganda, porque su larga experiencia le permitía repetir lo que había tenido éxito o fracasado ya en el pasado y, por otra parte, su profundo conocimiento de todos los ambientes era también de un socorro precioso. La edad no le permitía ya concurrir más que raramente a nuestras reuniones, pero le gustaba siempre encontrarse con tal o cual camarada a quien podía pedir informes y dar sus contribuciones.

Jacques Gross deja un gran vacío en medio de nosotros. Ha sabido desempeñar, en favor de dones excepcionales, un papel para el cual nadie podrá reemplazarle. En ninguna parte, si no es en el seno de su familia, será tan profunda y sinceramente deplorado como entre nosotros. Su vida no fué de las que se resumen en algunos grandes hechos, sino que día tras día, nos ha dado un conmovedor ejemplo de solidaridad. Que su compañera y sus hijos encuentren aquí la expresión de la parte muy grande que tomamos en su duelo.

He aquí las palabras pronunciadas por el camara-

da Bertoni en el cementerio de Saint Georges, antes de la incineración:

El fin de nuestra vida deja un vacío y lamentaciones tanto más grandes cuanto más la hemos vivido para los otros, entregándonos a una elevada idea y a una noble causa. ¡Qué multitud se apiñaría en torno a este féretro si todos aquellos a quienes Jacques Gross ha ayudado, aconsejado, salvado a veces de una verdadera miseria, estuviesen presentes! Desde los proscritos de la Comuna hasta los últimos perseguidos por el fascismo, durante más de cincuenta años, se ha gastado por las víctimas de todas las reacciones que, ¡ay! no han dejado nunca sosiego a los hombres enamorados de la justicia. ¡Cuántas veces yo mismo, durante treinta y cinco años de una amistad inalterable, he recurrido a él! Lo confieso, para confusión mía, no me recuerdo de haberle encontrado una sola vez sin pedirle un consejo, un libro, un favor, una ayuda, una contribución, una información. Para toda obra de solidaridad mi pensamiento se dirigía ante todo hacia él.

Y no sólo no he recibido nunca una negativa, sino que él mismo era quien venía a ofrecer su concurso, a ponerse a nuestra disposición para todo lo que estaba en sus medios. Esa conmovedora obra de ayuda mutua era realizada por él con un tacto, una afabilidad, una bondad, una íntima alegría incluso, que sentíamos muy bien, de hacerse útil y el deseo también de tratar de serlo todavía más.

Esa cualidad había sido reconocida a Jacques Gross por nuestro gran Eliseo Reclus el cual, durante su permanencia en Suiza, en medio de un trabajo enorme y absorbente para la ciencia, se complacía en ser el distribuidor de sus beneficios, de tal manera había admirado el modo exquisito con que sabía consagrarse a ellos. Y no es sólo en nuestro ambiente de vanguardia y de incesantes luchas donde nuestro querido desaparecido ha ejercido sus actividades preciosas; otros grupos lo han contado entre los suyos y en todas partes, sin pedir nunca nada para él, se gastaba para los demás. No tuvo el temperamento de un luchador, hablando propiamente, a causa de su benevolencia misma; pero quedó siempre firmemente del lado de los desheredados, incluso en las horas más difíciles, cuando el miedo horrible se manifestó por un acrecentamiento de persecuciones. En una existencia bastante larga y bien repleta, constató, como todos nosotros, debilidades, desfallecimientos, traiciones, incluso entre aquellos que habían estado con él y a quienes había sostenido generosamente; pero no sacó nunca de eso un pretexto para retirarse, para disminuir aunque fuese poco su incesante actividad para los demás. Fué siempre del número de esa élite con quien es permitido contar de antemano.

Experimento una cierta angustia en presencia de la situación actual siempre grave, y amenazante, al

decirme que su concurso nos falta para siempre. El valor de todo bien nos es revelado por su pérdida. No es que no hayamos rodeado a Jacques Gross de un profundo afecto, pero nos parecía muy natural obtener de él todo lo que obteníamos y no nos preguntábamos quién podrá darnoslo en su lugar en el porvenir, porque en él la bondad se aliaba a capacidades y a posibilidades muy raras entre nosotros.

Nuestra existencia adquiere todo su sentido, su más alta significación de la idea a la cual la hemos consagrado. Nuestras virtudes domésticas, nuestra contribución misma al trabajo, a la técnica, a la ciencia, no son puestas de relieve más que por el objetivo lejano que hemos perseguido más allá de nuestras fuerzas y de nuestro tiempo, objetivo que no envolvemos en ningún misticismo, en ninguna trascendencia o metafísica, puesto que se refiere al hombre mismo y a esta tierra.

Jacques Gross fué así un libre pensador en la más completa acepción de la palabra. No sólo estuvo en lucha contra el dogma religioso, sino también contra los dogmas político y económico, atacando con la razón de salud la razón de Estado y la razón de explotación. Comprendió esa verdad profunda que todas las servidumbres se derivan una de otra, y que continuarán engendrándose recíprocamente, mientras no sean enteramente eliminadas.

La guerra con la profunda crisis moral y material que la ha seguido, parece haber dado un rudo golpe a nuestra causa; pero nosotros sabemos que no ha sido querida por los pueblos mismos, sino impuesta, ¡ay! a su excesiva pasividad. Así, en esa idea de revuelta misma, que había parecido tan espantosa, en un momento dado el mundo entero ha visto demasiado tarde la salvación de la civilización. Los que como Jacques Gross habían comprendido esa función saludable que sólo la insurrección podía tener en la hora de las peores catástrofes, han sido desgraciadamente impotentes por su pequeño número, pero los acontecimientos, lejos de haber desmentido su pensamiento, lo han confirmado.

¿Cuál era, en suma, la idea a la cual, oh querido amigo desaparecido, has consagrado tu generosa vida? Se contiene en estas simples palabras: ¡Libertad y bienestar para todos! Es preciso tener lástima del que se complace únicamente en ver a su alrededor sometidos e inferiores en lugar de libres y de iguales. Si la justicia, según la gran palabra de Proudhon, es el respeto de la propia dignidad en otro, no somos justos más que queriendo firmemente hacer hombres dignos como nosotros. Hay varios modos de contribuir a la realización de esa idea en todos los dominios de las actividades humanas, y es preciso contar entre los mejores el de ayudar fraternalmente a los debilitados por el esfuerzo o alcanzados por los amos ciegos o los siervos inconscientes. ¡Y con qué perfección, la palabra no supera a mi pensamiento, lo ha hecho Jacques Gross!

El bienestar y la libertad para todos permanece la aspiración incoercible de hombres que buscan un porvenir mejor en esta tierra. Una sociedad digna de ese nombre presupone a todos los miembros colocados y mantenidos en un pie de igualdad en el curso de su existencia. Y si eso era una utopía para la humanidad de los siglos pasados, ignorante, mísera, temblorosa en presencia de los azotes de que era víctima y de lo desconocido, hoy nuestros conocimientos e invenciones, nuestras fuerzas y medios permiten a los hombres los planes más audaces de realización.

¡Bienestar y libertad para todos! No podría ha-

ber responsabilidad para el hombre cuya independencia no es asegurada, y sin responsabilidad no hay conciencia, no hay humanidad tampoco en el sentido verdadero de la palabra. La trágica y secular serie de las dominaciones ha pesado sobre los humanos; no podría tratarse de conquista, sino de eliminación del poder.

¡Bienestar y libertad para todos! La riqueza, no siendo ya objeto de concurrencia, de especulación, de usurpación, prima ofrecida en el mundo entero al desencadenamiento de las más tristes pasiones, a las conflagraciones de imperialismos sangrientos, sino destinada a llevar a todas partes y para todos el mejoramiento, la comodidad, la seguridad del mañana, la instrucción, todas las conquistas del genio y de la abnegación, del corazón y del espíritu.

He ahí la idea del compañero fiel, al que acabamos de decir aquí el último adiós. Y con nosotros ¡cuántos amigos diseminados por el vasto mundo lo dirían con el mismo dolor, el mismo recogimiento, recordando al hermano generoso en las horas tristes de su vida! Todavía el mes último me dirigí a él para hacerle llegar socorros a Galleani, un viejo militante italiano deportado a la isla de Lipari, que había conocido hacía casi cuarenta años. Y su interés fué el mismo que el de su juventud. Ejemplo conmovedor de inagotable bondad.

Entre nosotros y el resto de la humanidad no hay que levantar la sombra divina; nuestra obra no tiene necesidad de ser aminorada por una esperanza celeste; queremos que la cosecha crezca sobre esta tierra y crecerá para los hombres emancipados de todas las potencias del mal.

Jacques Gross, nuestra última palabra a ti, que parte de lo más profundo de muchos corazones, que se recuerdan y se recordarán siempre, es simplemente: ¡Gracias!

(De *Le Réveil Anarchiste*, 20 octubre de 1928, Ginebra).



RUDOLF ROCKER:

LOS SEIS CAMINOS

EL SEXTO CAMINO

De dónde vino, es cosa que quedó oculta a todo el mundo. El mismo apenas supo decirlo. Con frecuencia llega a él un tranquilo presentimiento de haber nacido en un país legendario, que aparece a la mirada en la lejanía azul, despertando en su alma mudos anhelos.

Ante sus ojos está el mundo del poeta, una soñadora orilla rodeada por el mar que entraña mil milagros azules y sólo abre sus puertas al creyente.

Es un reino de las almas el que le hace señales. La leyenda está sentada sobre su trono de flores y teje secretos hilos en el todo. Un delicado campanilleo llena el aire tibio y suscita en el pecho soñados anhelos; el pecho vibra levemente y produce nuevamente sonidos.

En aquel reino faltan todas las barreras que separan en otras partes a los seres entre sí. Hasta a las piedras se le ha dado la palabra; habla el arroyo, la flor y las estrellas. En todas las cosas habita un claro espíritu que se revela a los hombres alegremente y les descubre la gran alianza del Todo.

El aroma de la rosa está emparentado con las estrellas, el soplo del viento con la hermosura de los lirios. El Todo se refleja en cada parte, y cada parte irradia el todo. El yo del hombre se encuentra en el gran nosotros, y del nosotros se desarrolla la propia fuerza.

De aquel país es desterrada la muerte; sólo hay un venir y un ir, una dulce separación, un encontrarse de nuevo. El espíritu de las cosas actúa en cada piedra y encuentra eco en todo pecho.

En profundas grutas relucen los cristales en un mar de magnífico colorido, que vierte sus rayos en el alma, despertando misterioso ardor en el corazón humano y reflejándose en un modo raro en el espíritu que le presenta todas las cosas como iluminadas.

Los pensamientos se forman como los cristales y lucen imperturbables en puro resplandor, nunca ocultos por oscuras nubes. En las flores legendarias se mecen las ideas como coloreados lepidópteros que, embriagados por el aroma, beben de mil cálices de flores nuevos encantos.

La realidad nace de los sueños y apenas viene a la vida engendra nuevos sueños, en los que el sueño y la verdad se encuentran eternamente y se penetran honda e íntimamente.

Pero sólo el poeta habita en aquel reino, extraño a todos los otros hijos de la tierra, que ligados a las pequeñas miserias del tiempo, tienen que aprovechar el espíritu en obras cotidianas en el duro servicio del deber que los hechiza.

Pero cuando el poeta llama a las almas, se deshace poco a poco el hechizo de la realidad. Ocultas cuerdas comienzan a vibrar y resuena levemente en

los corazones. Secreto anhelo lucha mudo por elevarse, y de lo hondo llega una lejana canción.

En sueños ha visto aquel reino. Pero ahora el sueño se le ha convertido en realidad que le seduce como un lejano hogar nativo. Ve el tormento y la silenciosa pena de los hombres, ve cómo transcurre su vida sin alegría, cómo se hunden en la tumba las generaciones con profundo dolor y el corazón afligido, nunca besado por un rayo de la eternidad.

Pues en la tierra dominan las preocupaciones, la guerra y la muerte. El dolor persiste para nosotros como herencia de los antepasados, herencia que nosotros, al borde de la tumba, dejamos a los demás para que, cargados con el mismo yugo, hagan el mismo largo camino que nosotros y que sólo lleva de la niebla a la niebla.

El profundísimo lamento de la vida le invade cuando contempla el destino de los hijos de la tierra, la espantosa monotonía de la penuria cotidiana, en que raramente se extravía un rayo del lejano país del poeta para abrir a los hombres mundos luminosos, el profundo anhelo de un nuevo reino.

Todo su ser es la imagen de la dulzura. El cabello rubio rodea la noble frente, de los azules ojos irradia el nimbo del amor y del silencioso anhelo ávido de milagros.

Su espíritu es siempre solícito para los otros, nunca le tortura el pensamiento del propio yo. Quisiera abrazar en el amor a todo el mundo y aliviar extraño dolor y extraño padecimiento, que repercuten hondamente en su alma como si hubieran nacido de la propia pena.

Es un cantor agraciado por Dios, y cuando mana de sus labios la canción, desaparece toda desdicha terrestre y todo dolor. Los hombres son encantados por ese sonido que murmura por el alma como un lejano presentimiento de un reino que no ha sido visto todavía.

¡Un nuevo reino! El poeta lo lleva en su pecho como la promesa de un tiempo lejano que rodea delicada el alma como una embriaguez.

De sus labios brota el murmullo del mar, los aromas de las flores y el resplandor de las estrellas; repercute el azul del cielo, el brillo del sol y la tierna danza de las sílfides al fulgor de la luna y los embriagados gritos de las ondinas de la lejanía, los sonos de las sirenas del paraíso de donde fuera un día expulsado el hijo del hombre.

El gran deseo ardiente suena en su canción, el grito encantado que llega de lo lejos para poner un objetivo a todo el dolor de la tierra, para conjurar los tiempos de la esperanza, donde poco a poco madura la realización.

Así ambula un cantor por el gran país, un poeta que forma mundos con las palabras. Cuando sus dedos tocan las cuerdas y manan de sus labios delicados sonidos, hasta las piedras escuchan su canción. Los pajarillos callan de repente en las ramas y soñadores bajan al árbol y al arbusto.

Por allí donde va desaparece toda desdicha. Hace salir las penas del corazón humano y hechiza el dolor que brota de lo profundo.

Así llegó una vez a un lugar lejano donde su canción resonó por vez primera. Y todos penden como hechizados de sus labios. Nunca había sido oído un cantor como él, que acerca todos los corazones como en sueño y los mantiene en el encanto de su anhelo.

En aquella ciudad quedó mucho tiempo y cuando al fin se ve forzado a despedirse, se presenta a él un anciano de blanco cabello y le habla con palabras impresionantes:

—Eres un rey entre todos los poetas, un cantor como apenas vió otro el mundo. Cuando escucho tu canción, resuena en mi alma como un ligero presentimiento de una época lejana en que no atormentará a la tierra ningún dolor humano.

En tu canción vive el espíritu lejano que abre en el pecho secretas puertas, suscita pensamientos que sólo se advierten en sueños como prodigios luminosos de una noche de luna.

Tu corazón parece hecho de mil sonidos, que se exime de toda pesadez terrena y conduce la corriente fulgurante a nuestros corazones.

Te pareces al ángel que lleva en su pecho un arpa en lugar del corazón, de cuyas cuerdas surgen profundos sonos de dichosas campiñas extrañas para nosotros. Ha surgido para nosotros en ti un nuevo vidente que vierte en nuestra alma suave fulgor y la lleva hacia el nuevo reino cuyo advenimiento anuncian tus canciones.

Pero, joven, el tiempo pasa veloz y llegará la hora en que tus labios, de los que manan abundantes todavía hoy sonidos llameantes, enmudecerán cuando los bese la muerte. Entonces tu canción ha pasado para toda la eternidad, extinguida como un sonido en la noche tranquila. Nada quedará de tu obra más que el pensamiento que hayas vivido.

Vendrán y sucumbirán generaciones y desaparecerá tu nombre cada vez más, densamente tejido por la niebla de la leyenda, hasta que al fin sólo quede una débil sombra.

El poeta viene de otro mundo; su canción repercute de un reino silencioso. Allí donde azulea la lejanía en el amplio espacio, envuelto crepuscularmente en delicadas nieblas, está el país delicioso, el objetivo de nuestro anhelo.

Un suave fulgor irradia sobre aquel lugar donde una llama de plata exhala en la profunda lejanía su canción silenciosa.

Y luminosas sombras se mecen en ligera danza en torno a aquella llama, escuchan su canción, la canción del anhelo y de los sueños creadores.

La llama se agita de repente en mudo tormento. De la pálida luz se separa una lágrima y cae hacia el valle de los hijos de la tierra para fecundar un alma de poeta.

Es decir, se realiza el misterio que rodea delicadamente el nacimiento del cantor. Por aquella lágrima le relumbra la eternidad, y leve suena para él aquella lejana canción que madura sueños de florescencia en la magnificencia azulada.

En sus labios se estrema ahora el sonido, la canción que le cantó la llama, que penetra hondo en

el corazón de los hermanos del hombre, como un mensaje del nuevo reino.

Pero a ti te ha dado un Dios el canto. En tu alma hierven fuerzas encantadas que ninguna voluntad de creador ha libertado. Tú podrías convertirte en un redentor de este mundo y salvarlo del tormento de la servidumbre, que carcome como un gusano nuestros corazones.

Desde los oscuros tiempos marcha la humanidad por su camino, que se pierde en el temeroso crepúsculo. Un largo trecho. Casi infinitas son las filas de los que llevan en la frente el signo de Caín y que se arrastran desde hace milenios por los tiempos como cansados peregrinos que han perdido su objetivo.

Cargados con la espantosa maldición del destino, abandonados a la penuria de la hora, atraviesan el ardiente fuego de los desiertos, las soledades medrosas de los campos de nieve. Todo el peso de los tiempos descansa en ellos. Lo que nos ha dejado el pasado lo llevan ellos hasta que se doblan sus rodillas. Pero otros levantan la carga muerta y pesadamente y gimen trabajosamente por el valle de la vida hasta que sucumben también al peso.

Y, sin embargo, hay hondamente oculta en sus almas una chispa de ardiente anhelo que les impulsa hacia aquel reino desconocido, silencioso que se entrevé en el velo de las azules lejanías.

Cuando ese anhelo roe en lo profundo, de repente la chispa se convierte en llama que se eleva en salvaje impetuosidad. Luego se quebranta el orden de la construcción bien acomodada, y los viejos mundos caen en ruinas. En el cielo rojo danzan nuevas estrellas, y palabras creadoras repercuten de lo hondo, formando nuevos mundos del caos y creando puentes hacia el reino azul.

Pero paulatinamente la llama se reduce y desaparece en el abismo de los acontecimientos. Sólo algunas chispas débiles quedan aquí y allí, ardiendo leves bajo la ceniza.

La vida sigue luego otra vez su viejo ritmo y los días se parecen otra vez unos a otros. La esperanza desaparece del pecho humano y Caín jadea pesadamente bajo la carga que le impone la maldición de los tiempos.

Hasta que las brasas vuelven a arder en llamas. Es el comienzo de un nuevo juego; secretas fuerzas brotan de lo profundo y nuevamente busca Caín el camino hacia aquel reino que anhela tan ardientemente en mudo tormento.

A menudo quiere conquistarlo con la espada y da su sangre en salvaje lucha de hermanos. Un mar rojo ahoga la siembra de los campos, pero ningún puente conduce a otra playa. Ninguna vela se hincha en esa corriente roja que atrae al abismo toda vida.

Luego cree nuevamente en la profunda mirada de la sabiduría, imagina un sistema nacido de la razón y edificado sobre la base de la lógica, sistemas que deben abrirle el nuevo reino. Lo que ha especulado tan sabiamente la razón, no le acerca a aquel gran objetivo que tiene ante sí en horas de sosiego, casi al alcance de la mano y sin embargo tan lejano.

Pero yo creo en la palabra del poeta. Es el vidente que contempla el futuro y despierta anhelos en el corazón de los hijos de la tierra, que producen realidades de los sueños y nos llevan en pos de nuevas lejanías.

Pero tú no eres más que un hombre nacido del polvo, que tiene que volver al cuerpo de la tierra en la gran circulación de todo ser. Entonces no queda

de ti más que un soplo en este mundo, un nombre que suena todavía por los tiempos.

Crearás alguna dicha y alguna alegría, ciertamente, pero tu canción no debe sonar sólo para los hombres, debes anunciar la realización a la humanidad. En tu amor debe disfrutar el mundo y desaparecer toda desdicha terrena y todo dolor.

El cantor mira al anciano en la cara, lee en sus labios cada profunda palabra y le dice con el corazón conmovido:

—Venerable anciano, ¡cuán gustoso os sigo! Lo que habéis hablado, fué lo que yo pensé. Si la sangre de mi corazón pudiera ayudaros, ese sacrificio no sería para mí demasiado grande. El propio yo tiene poca importancia si aportase la redención al todo. Pero no se revela a mis ojos ningún camino más claro por el cual poder alcanzar ese objetivo.

—Hay un camino, pero es ciertamente dificultoso — le replica el anciano con tono grave. — Busca la clave que produce el prodigio. El mundo te revelará su gran amor.

—¿La clave? — pregunta el joven como en sueños. — ¿Dónde he de encontrarla en este valle terrestre? Yo ambularé, ambularé sin sosiego por lejanos países, sobre vastos mares para levantar ese tesoro que me seduce.

—Oye mi palabra — dice el anciano transfigurado: — En un valle lejos de este lugar, que ningún pie humano ha pisado, florece una flor silenciosa en azulado esplendor. Pero no abre la copa durante el día. Su amante es el pálido resplandor de la luna, en cuya luz baña su belleza.

Cuando el rayo de la luna brilla plateado y un ruiseñor muere en la propia canción, crece de la tierra la flor azul, descubre a las estrellas la corona radiante, como un prodigio azul. La flor azul es la clave de los milagros que te abre las puertas de un nuevo porvenir, a ti y a tus hermanos que ambulan en la oscuridad.

—¿Y dónde puedo encontrar la flor prodigiosa? — le pregunta el cantor lleno de deseos y tembloroso.

—Tienes que buscarla — dice el anciano reflexivamente. — Sigue tu camino y corre por el mundo hasta que llegues al valle de la flor azul. Largo es el camino y más de un obstáculo cruzará tu sendero. ¡Pero resiste! No pierdas nunca el valor, pues la decepción es el peor enemigo que encontrarás en tu camino.

La fe es el padre de toda acción. Cree en tu objetivo, así lo habrás alcanzado a medias. El que quiere realizar grandes obras en este mundo, tiene que llevar entusiasmo en el corazón, no puede eludir ni el esfuerzo ni la privación y tiene que avanzar confiado en lo incierto, cuando los viejos caminos le parecen inútiles.

Con sangre del corazón tienes que fecundar tu sendero. El que quiere algo grande tiene que derrocharse él mismo y no puede hacer usura del propio yo. Sólo el que arraiga en el Todo conoce la fuerza del amor y ve las campañas fluctuantes del porvenir.

Allí donde el yo traza la propia frontera y erige muros entre hombre y hombre, el panorama libre se te cierra. El que habita entre montañas, reducido en abismos, no ve nunca la anchura que se extiende sin fin. Se sienta y medita sin paz ni sosiego, penetra en los pozos de su ser, hasta que al fin se le aparece todo gris y pierde el camino hacia el gran Nosotros.

Peregrina, hijo mío. La gran lejanía llama, y no fijas la atención en las sombras que te esperan. Al

otro lado del mar hay un reino azul. ¡En lo ilimitado brillan tus estrellas!

—Buscaré — dice el cantor silencioso. — Hace mucho que han mirado mis ojos aquel valle en donde se abre la flor azul. He visto aquel lugar en tranquilos sueños, pero el sueño era tan claro y viviente que parecía una realidad. Creo incluso que he visto aquel valle antes de haber despertado a la vida.

¡Salud, padre mío! El lejano azulado llama. ¡El objetivo está lejos, por eso hay que aprovechar el tiempo! Suena como un ligero rumor en mi oído de aquel valle que oculta la clave. ¡Salud! ¡La gran hora ha sonado!

El anciano lo oprime firmemente contra su pecho y le besa temblando en la frente pura.

—¡Vete en paz! Sigue tu camino y avanza atrevido hacia la roja aurora. No vuelvas la vista atrás, pues lo que ha visto el día y queda tras de ti como pasado, tiende sus lazos en torno al alma humana y excita el espíritu a incubir pesadamente.

Suena entonces su canción más honda que antes, y todo lo que vive en su alma brota ahora con energía indomable. A la flor azul está consagrado su canto, y cuando la palabra mana de sus labios, pasa por cada pecho humano como un sueño de aquel lejano reino que él ha contemplado.

Un apacible anhelo atraviesa todo corazón cuando toca las cuerdas con dedos ligeros y resuena su arpa en seductores acordes. Profundamente penetra su canción hasta el fondo del alma. El último velo cae con ese sonido y alegremente late tras él todo pecho.

Así va sin sosiego de lugar en lugar, por ciudades, aldeas, bosques, desiertos a fin de descubrir aquel tranquilo valle que está claro como las gotas ante sus ojos y de nuevo se aparece tan lejos a la mirada como si fuese tejido de sonidos y de aromas.

En la corriente del tiempo desaparecen los años. Mucho han visto ya sus ojos, pero aquel valle en el que abre su hermosura la flor azul al resplandor de la luna, siguió para él oculto como la tumba.

Pero la decepción no perturbó nunca sus sentidos. Sus ojos miran tan expresivos y puros como si nunca le hubieran oprimido los pesares.

Llega una vez a una ciudad extraña de rica vida, confuso rumor popular que obra como una embriaguez sobre sus sentidos. Penetra encantado por muchas viejas callejas y se maravilla en toda la rica magnificencia que se extiende allí ante sus miradas.

De repente ve un edificio, ricamente ornamentado, en el que cuelgan los escudos de todas las naciones. Un rico mercader vive en aquella casa, relacionado con todo el mundo y cuyo nombre ha oído ya antes.

—¿Sabrá ese de aquel valle en torno al cual me esforcé en vano hasta aquí? — le pasa el pensamiento repentinamente por el cerebro.

Rápido abre la puerta que lleva al interior. Un sirviente le conduce a un aposento repleto de las maravillas del mundo entero. Ante una mesa aparece sentado un anciano, con la mirada sumida en larga serie de números que le brillan en un pesado libro.

El viejo lo mira escrutadoramente a la cara y le sonrío de un modo singular, cuando su mirada tropieza con el instrumento que descansa en la mano del joven cantor. Luego le pregunta por su nombre y sus deseos.

—¿Lo que me ha traído hacia usted? Apenas lo sé yo mismo — dice el joven, y se sonroja ligeramente. — Sin embargo, estaba ligado a usted por un

consejo. Usted es un hombre que conoce el mundo entero y sabe de cosas que no todos conocen. ¿Ha oído hablar de un valle de la flor azul, alguna vez?

—No he oído nunca nada de tal valle — le responde con ligera sorna el anciano. — Pero si tenéis que proponerme negocios, el lugar aparecerá. ¿Queréis ensayar con flores azules? Apenas creo que valga la pena el comercio.

—¿El comercio? — pregunta el cantor friamente conmovido. — Con el bien del alma no se puede negociar nada. ¿Se puede medir el anhelo con la fanega y arrastrar a la balanza prodigios azules? Lo más profundo permanece eternamente extraño al comercio. Perdón si os he turbado con cosas que no se doblegan al marco de vuestra actividad.

—¡Sois un loco! — le amonesta el viejo. — El que sigue tras milagros azules permanece extraño a la tierra y sería mejor que no hubiese nacido nunca. No hace más que robar el tiempo al laborioso, que especula con la libra que Dios le ha dado.

Habláis de lo más profundo, noble cantor; pero la locura no tiene profundidad alguna. ¡Ved este libro con sus series de números! Aquí está oculto el más profundo sentido de la sabiduría, pues entre el debe y el haber gira el curso del mundo. El que elude este círculo está perdido para el deber terrestre.

Dejad las flores azules donde están, y no prosigáis extraños prodigios que no han sido hechos para la vida de los hombres.

¡Salud, el ensueño no ha sido creado para mí!

Abandona silencioso el muerto mar de casas y avanza a los dorados rayos vespertinos por un camino hacia un lejano objetivo. Las palabras del viejo giran en su cabeza. Una oscura sombra cayó en su alma y sobre el corazón siente una pesada carga.

El sol fulge rojamente en el horizonte cuando un extraño caminante se acerca hacia él. Su rostro está tostado, su indumentaria deshecha. De su cintura pende una larga espada y en la mano derecha lleva una lanza. Es un mercenario que vuelve a la patria a la que no ha visto desde hace muchos años.

El cantor mira suavemente al extraño en los ojos y le extiende amablemente la mano.

—¿De qué país vienes? — le pregunta cordialmente con la mirada transfigurada. Muchas tierras lejanas han visto tus ojos. Has peregrinado por países extraños, y alguna noticia has sabido que hasta ahora no llegó a ningún oído en la patria.

Dí, ¿no sabes nada de un valle lejano que hasta ahora no ha pisado ningún pie humano? Se le llama el valle de la flor azul, que espera soñadora a un lejano poeta para el cual debe servir de clave redentora para poner fin a todos los tormentos terrenos.

El mercenario le mira duramente, y como una espada penetra su palabra en el pecho del cantor:

—He oído hablar, es verdad, de ese valle. Algún loco me habló de él, a quien yo deseo la peste en su garganta. El valle de que hablas está en la luna, y la flor que encantó a tu corazón hace mucho que se ha corrompido en esta tierra.

Loco ¿para que sigues en pos de extrañas sombras mientras el miedo encadena al mundo? Procúrate una espada, rompe tu instrumento y ofrécete a la muerte como degollador.

Cuando en la batalla se amontonan las colinas de cadáveres, y la muerte roja corre por ciudades y aldeas, entonces se siente tan solo el hondo placer de vivir.

Es en el campo de batalla donde nace el hombre verdadero que se conquista su derecho con sus fuertes puños. Pues el derecho es el poder y el poder sólo está en la espada. Cuando la sangre enrojece poco a poco las manos, entonces sientes tu puesto en este mundo. Eres joven todavía, cuando viene la vejez se adormece apaciblemente el héroe en nuestro espíritu.

Un profundo horror le oprime el corazón. Con la mirada fija sigue a la figura hasta que desaparece poco a poco en el crepúsculo. Le parece como si hubiese hablado el asesinato, y en el camino por el cual fué el extraño descubren sus ojos una huella roja, que brilla sangrientamente en los últimos fulgores de la tarde.

De repente hace sonar las cuerdas del instrumento para inmunizar el cuadro de horror que le plantó el extraño en su alma.

Clara suena su canción, anunciadora de esperanzas, y poco a poco cede la presión del alma. Los ojos descubren de nuevo lejanías azules y auroras magníficas y preciosas.

No donde la ganancia encadena a los corazones humanos, no donde la espada abre el camino a la muerte puede florecer en la vida aquel ensueño y obrar en la existencia lejana realidad.

Allí donde el espíritu ha perdido el vuelo sublime y vive pegado temerosamente al viejo hogar, el gran anhelo hace mucho que se ha extinguido. Ningún sonido silencioso penetra ya en aquel mundo muerto del lejano reino que sueña el poeta.

Ahora se le presenta claro el profundo sentido de las palabras que le dijo el viejo en el camino: El sendero hacia aquel reino azul del prodigio no será abierto por la espada ni por la razón utilizadora. El poeta tiene que descubrir el país del futuro y despertar honda fe en el pecho humano, que vibre hasta el cielo como impulso creador.

Hace ya muchos años que está en camino, pero en parte alguna descubre el ansiado fin. Marcha, marcha sobre la tierra de dios y examina con temerosa esperanza cada lugar, pero aquel valle de que le habló el viejo no aparece nunca a la mirada profunda.

Una vez le conduce un camino por una montaña como nunca había visto otra hasta allí. La más completa soledad habita en cada valle. Ningún rumor llena el aire tranquilo y diáfano y en parte alguna se muestra un rastro humano.

Así avanza el día entero, hasta que la noche le envuelve en su manto, sin descubrir un lugar de descanso.

Pero está tan esperanzado que un ligero presentimiento le cruza el pecho y su canción resuena raramente en la noche tranquila.

En el claro cielo lucen mil estrellas; el estado de ánimo es tan hondo y legendario como si viniese de otro mundo. Por su alma cruza un sueño de luz, siente el aliento de un lejano reino y presente la proximidad del gran prodigio.

El sendero serpentea valle abajo, un valle tan singular y ensimismado como el que vió en horas apacibles cuando su espíritu coqueteaba con lejanos ensueños y su alma se elevaba a las estrellas.

Tan preciosa le parece cada piedra como si le fuese conocida desde mucho atrás. Un profundo deseo ardiente invade su corazón y levemente le atrae el país natal.

El valle entero irradia en plateado fulgor, y blanca niebla se mece en el fulgor de la luna como silfides que giran delicadamente en corros.

A su oído llegan dulces sonos. En el arbusto próximo canta un ruiseñor su canción anhelante por el valle tranquilo. El cantor queda como hechizado ante esa canción que tiembla ligeramente en la noche tibia como el dulce sonido encantado de una leyenda.

Y la canción suena cada vez más llena en el bosque, y se repite jubilosamente por las cimas, hasta que se extingue en un trino. Oye una ligera caída del ramaje. Es el ruiseñor que terminó allí, muerto por la sonoridad de la propia canción.

Un ligero sonido atraviesa por todo el valle, y ante él se baña a la luz de la luna la flor azul que tanto tiempo había buscado. ¿Era un sueño que perturbaba sus sentidos? El mundo entero se le aparece como embrujado; no confía ya en la propia razón, hasta que paulatinamente desaparece su última duda. — Era el valle que tanto había deseado.

Sus ojos apenas pueden abarcar el milagro que ha aparecido ante sus miradas, y se hunde en el resplandor azulado que irradia mágicamente en el pálido fulgor de la luna.

¡Encontrado! grita con júbilo. ¡El nuevo reino del prodigio se acerca! El mundo viejo sucumbe. los tiempos han llegado.

Encantado se arrodilla en tierra, toca delicadamente con los labios la copa de la flor y une sus manos en oración. Y resuena por el valle entero como arpas eolias que toca el viento. Las estrellas parpadean raramente en el espacio y tierra y cielo se encuentran en un beso.

El cantor continúa arrodillado y mira feliz a la flor que tiembla ligeramente ante su aliento. Luego se oyen como tañidos de campanas y de sus labios brota hermosa una canción como nunca ha salido más bella de su pecho.

Por fin aparece por doquiera el prodigio, y piedras y plantas claman su secreto. Un hondo murmullo va por árboles y arbustos, y chispas azules brillan por el aire. Y delicadamente se abre el alma de los mundos, como si quisiera revelar al poeta lo más profundo que descansa en su seno.

El cielo se escinde sobre él —, en el resplandor del sol está el reino azul, un país misterioso, una campiña feliz como la que había soñado tan a menudo su alma.

De la lejanía oye el rumor de las hojas, y un delicado oleaje llega a su oído, un saludo silencioso de otro mundo.

Levanta al cielo sus brazos como si quisiera abrazar todo el esplendor que se extiende allí ante sus miradas. Siente la dicha en su pecho, siente como se agita el alma la alegría del redentor y cómo le conduce al nuevo reino que debe surgir ahora para el hijo de la tierra.

Su mirada busca otra vez la flor azul. Un nuevo prodigio se le revela. Se había abierto el caliz milagroso, y cada pétalo irradiaba en el resplandor de la luna como un záfir. En cada pétalo que adorna la corona, ve una imagen de aquel reino azul que irradiaba del cielo a la tierra.

El cantor queda maravillado ante esa preciosidad y hunde en muda reflexión su mirada ante ese prodigio que se le presenta.

Un tiempo sintió el milagro en el propio pecho. De su alma tejía el sueño en el todo, pero ahora vive él mismo en el gran todo y del todo se posa el ensueño en su pecho.

El ensueño es ahora la realidad de la vida. Llama el cantor a las puertas del reino que por fin su palabra creadora abre al mundo. El paraíso que ha-

bían perdido los hombres, lo ha vuelto a descubrir el poeta. Caín vuelve a la casa de su patria.

Al fin echa mano a la flor con ternura y saca las raíces del fondo de la tierra. Todo el valle resplandece en el fulgor azul, como en el esplendor transfigurado del nuevo reino, y embriagadores acordes suenan por el aire. En luz y sonido nace un mundo y poco a poco se cierran las puertas del cielo.

El cantor envuelve con esmero la flor y oculta el tesoro junto a su corazón de poeta. Por fin termina todo el dolor y la desdicha. Se ha encontrado la clave que abre las puertas del reino.

En torno a las montañas sube la niebla y besa silenciosa como un velo al valle. A la luz pálida saluda el nuevo día y despierta la tierra de su ensueño.

Las colinas brillan en rojo fulgor y en las alturas se refleja un esplendor pupúreo que desciende poco a poco al valle.

El cantor toma el veloz instrumento y sale feliz al encuentro del nuevo día. De sus ojos irradiaba un nimbo azul que le llegó en la noche del cielo.

Sus pies han cruzado ya el valle silencioso y la montaña se presenta escarpada ante sus ojos. El camino conduce hacia arriba por un estrecho sendero. Las rocas se elevan salvajes hacia el cielo, y los arroyos se arrojan ruidosos hacia el abismo. Ha desaparecido ya todo seguro sendero y sólo trabajosamente se abre el camino por la confusión de yermas ruinas de rocas. A menudo tiene que subir por escarpadas pendientes y hondos abismos bostezan bajo él, como si quisieran cerrarle el paso. Anda al azar, sin objetivo. Si consigue atravesar un abismo tropieza en seguida con otro que le bosteza a su encuentro.

Abatido cae con frecuencia sobre una piedra, porque los cansados miembros no le sostienen más, pero no queda mucho tiempo en un mismo lugar. Un ardoroso impulso no le deja pausa ni sosiego. La gran obra que le espera le empuja hacia adelante.

Ante su espíritu está el cuadro de la humanidad, que espera ansiosa su llegada. Sabe apreciar bien el valor de la hora, el tormento terrestre duró mucho ya. Ahora tiene que sonar la gran hora de Caín.

Así ambula por el yermo reino de las montañas hasta que la noche se cierne poco a poco. Recuesta la cabeza sobre una piedra y ve sobre sí el ligero resplandor de las estrellas.

Un mar azul le parece el vasto espacio. Le parece como si estuviera sobre el profundo abismo y oye rugir sobre él las olas. Un barquito blanco nada sobre la corriente azul. En él está sentado un poeta que toca el arpa y sigue silencioso los sonidos creados por él mismo.

Cuando despierta del sueño al romper el día, piensa en la fantasmagoría que gira en torno a sus sentidos. De repente hace vibrar las cuerdas de su instrumento y escucha donde se pierde el sonido en la lejanía. En esa dirección dirige luego sus pasos, hasta que sus ojos descubren un sendero que le conduce hacia abajo, a la llanura.

Por fin se extiende la llanura ante su mirada. El aire es diáfano, pero el cielo está nublado y densas nubes ruedan en el espacio. Gotas perdidas caen aquí y allí, como lágrimas que llorase un ojo lejano.

Siente un ligero estremecimiento en el pecho y tranquila melancolía llena su corazón. Tan singular le parece hoy el mundo entero. La nostalgia de los hombres le domina y advierte que hace ya muchos

días que su mirada no tropezó con ojos humanos.

De repente ve en la lejanía casas. Una pequeña iglesia se levanta hacia el cielo, rodeada por blancos muros. Llega entonces el gran anhelo hacia él, el anhelo en pos de los hermanos en la lejanía. El ardoroso impulso pone alas en sus talones y pronto corren sus pies hacia la aldea.

Pero nadie le sale al encuentro. Ningún sonido llega de lo lejos a su oído. En profundo silencio está el pueblo dormido, como si toda vida hubiera quedado paralizada, barrida repentinamente por la muerte feroz.

Ve entonces los campos circundantes destruidos, y cuando entra en la primera calleja, un cuadro de horror se descubre a su mirada. La devastación se le revela a cada paso. Las puertas cuelgan sueltas de los goznes; las viviendas están repletas de ruinas. Entre ellas ve en tierra cadáveres, con la mirada petrificada, desencajada por el miedo a la muerte.

La vida ha muerto en todas partes. Lo que fué preservado por el furor del asesinato, ha sido dispersado a los cuatro vientos, empujado por la cólera sañuda de la muerte.

Un profundo espanto invade al cantor, y queda como paralizado ante ese cuadro. Siente un ligero temblor en los miembros y su alma se conmueve en mudo dolor.

Luego recoge toda su fuerza, abandona el lugar del terror y el dolor y se dirige con pasos rápidos hacia nuevas lejanías.

De golpe llegan a su oído lejanos rumores, y a lo lejos en el campo ve un hormiguero de hombres que corren en todas direcciones y se mueven sin embargo en determinado orden.

Y de repente se le aclara lo que tiene delante. Es la guerra que ha invadido el país y ahora se lanza al cuello de los hombres.

Con mano rápida toca su pecho y siente la flor que lleva allí bien oculta. Luego sigue su camino veloz como el viento. La noble frente es bañada por el sudor, el lesionado pecho respira ardorosamente, sus pies apenas tocan la tierra.

Ve dos ejércitos en el campo, dispuestos a degollarse en salvaje furor. En sus oídos ruge el sonido de las trompetas y el ronco grito de batalla de mil gargantas. Ve relucir las armas y ondular las banderas en el aire fresco.

Siente fuerza de gigante en las venas y corre en salvaje carrera hacia el lugar de la inmolación para poner un alto a la muerte roja. Y antes de que comience de nuevo la loca lucha, grita a los combatientes que se detengan.

Un ronco murmullo atraviesa las filas y poco a poco caen las armas. Los mercenarios miran mudos al extranjero y se sienten hechizados por su mirada. Pero él penetra cordialmente en su círculo, para clamar la palabra encantada de la redención.

—Romped la espada — ¡los tiempos han llegado! ¡Que no impere más tiempo en la tierra el asesinato! El reino azul abre sus puertas. Lo que vive profundamente oculto en vuestras entrañas, aparece ahora a la clara luz del sol. Caín ha terminado el largo camino de pasión. en el Oriente se anuncia una nueva aurora.

Sólo la desesperación os lleva a la batalla y os oprime la espada en la mano. Así nace el odio del amor y la siembra dorada es abonada por la sangre hermana.

Un nuevo reino os espera. La roja fuente de la enemistad ha sido vencida, y todos los hombres se

extienden la mano para la unión, un reino de libertad surgirá para vosotros ahora. ¡La justicia debe dominar en la tierra!

Lo que sólo el poeta vió una vez en sueños, la fe lo ha transformado en la realidad. ¡Ved el prodigio que ocurrió al mundo! La flor azul está en mis manos. Yo mismo la he cortado en aquel valle que ningún mortal había pisado antes. Ella es la clave del nuevo reino.

Y del pecho toma el paño, doblado con respetuosa atención, para descubrir al mundo el gran prodigio.

Pero de repente estalla en sollozos de dolor. Un ronco grito escapa de su pecho — un grito que entraña todo el tormento de los tiempos.

La flor está marchitada en su mano, y de la corola milagrosa hace muecas la muerte...

Al fin se ha desvanecido la última leyenda, ha sucumbido toda dicha del temeroso anhelo.

Con mano brutal se le arroja del lugar, y ruidosa burla suena ululante en su oído. El corazón late cansado en su pecho. La última esperanza del cantor se ha disipado, y su alma sangra muda en silenciosa tortura.

Pasa el día en un fulgor crepuscular y las profundas tinieblas envuelven al mundo. El cantor se ha sentado en una piedra que yace en el camino para descansar un momento y mira con la mirada turbia en la noche.

Hasta que de repente echa mano al instrumento y hace sonar a sus cuerdas todo el dolor que carcome hondamente en su corazón de poeta. De golpe suena estridente y salta la primera cuerda.

Todavía sigue ambulando por extraños países y arrastra el cansado cuerpo de lugar en lugar, pero no puede encontrar en parte alguna un refugio. Al fin todas las cuerdas han saltado, quedando sólo una completa.

Hasta que un día divisa el desierto. Un sonido agudo — y la última cuerda se rompe.

Gris está el cielo. Bosteza el desierto.

Extendida en obscuras arenas yace una esfinge de negra piedra marmórea, con la mirada hundida en el yermo reino de la lejanía.

Ni odio ni amor irradia de esa mirada. Los ojos están rodeados de profundo ensueño, y en la fría magnificencia de los labios mudos flota sonriendo levemente la más completa eternidad.

El sexto caminante mira a la esfinge en los ojos, pero no puede comprender sus enigmas y cae mudo en el polvo del desierto.



PAUL GIRARDIN y JEAN BRUNHES

Concepciones sociales y geográficas

La vida y la obra de Elíseo Reclus (1830-1905)

III

Después de haber tratado de distinguir lo que, en la obra de Eliseo, procede del pastor Jean Reclus, luego lo que deriva de Karl Ritter, nos falta por volver en este punto a la historia de su vida.

Vuelto a París en el momento del 2 de diciembre (1852), él que se había hallado mezclado en el movimiento republicano de 1848, abandonó a Francia y se estableció sucesivamente en Inglaterra, luego en Irlanda, en los Estados Unidos, en América Central, en Nueva Granada — ¿no siguió tal vez en esto inconscientemente el ejemplo de Humboldt? — impregnando sus miradas en los aspectos diversos del planeta, y perfeccionando, en contacto con las cosas, aquel sentido del color local y aquel don de la descripción que lo pusieron inmediatamente en primera línea entre los escritores y permanecieron siempre el sostén de su talento. Se familiarizaba al mismo tiempo con la lengua, la literatura, los escritos de los extranjeros, estrechaba relaciones con una cantidad de personalidades políticas y científicas cuya correspondencia y las "notas manuscritas" debían intervenir tanto en el texto de su obra, en un tiempo en que la literatura geográfica era tan pobre e ignorada de un país a otro.

Lo que, por ejemplo, constituye el valor de los volúmenes consagrados a Rusia y a Siberia, es la masa de informaciones debidas a las relaciones personales del autor con los agitadores rusos. Y si ningún volumen es quizás superior al de los Estados Unidos, es que se experimentan en él desde el principio al fin la impresión de "cosas vistas" unida al placer que debió sentir aquel "libertario" impenitente al describir un país libre (1). De aquel viaje por ultramar Reclus trajo una cantidad de notas y de proyectos, de donde sacó entre otras cosas su primer libro: "Voyage a la Sierra Nevada de Sainte Marte" (edición española: "Mis exploraciones en América").

De regreso a París (1862) estrechó amistad con Edouard Charton, que le abrió las columnas de "Le Tour du Monde" con Adolph Joanne, que preparaba sus "Itinéraires" de Francia por una serie de viajes a los cuales fué asociado Reclus. Acabó así por enamorarse de la alta montaña, completando el reconocimiento de los Alpes del Delfinado — donde había sido precedido por los ingleses, — de Savoya y de los Pirineos, donde seguía a Ramond y precedía a Schwader (2). Colaboró en la redacción de algunos "itinerarios" Joanne, de los cuales algunos son pequeñas obras maestras por su precisión y su carácter muy geográfico (3): "Alpes franceses, Jura, Pirineos, Ciudades de invierno del Mediterráneo y de los Alpes Marítimos, Guía de Londres", donde se encuentra una de las mejores encuestas que existen

sobre el pauperismo; publicó ensayos de alta vulgarización, del género de los de Viollet-le-Duc, con los que preludiva su misión de restaurador de la geografía en Francia: "Historia de una montaña", "Historia de un arroyo", "La Tierra" (2 vol. en 12.a); redactó para el "Dictionnaire géographique de la France", de Joanne, una magnífica introducción que luego formó la materia de dos volúmenes en 8.º; en fin, recibió la consagración del gran público con sus artículos en la "Revue des Deux Mondes", de manera especial con aquellos sobre "La guerra de secesión americana", que probaron cómo ni siquiera el arte militar tenía secretos para él. No se ha notado bastante el puesto que tiene en la geografía la historia militar, especialmente en los países extra-europeos, cuya historia es poco conocida de nosotros, la América del Sur, por ejemplo, y que es un recuerdo de la formación en él del "War correspondent" (corresponsal de guerra) que fué durante aquellos años.

A partir de 1870, y también desde 1866, el destino de Eliseo Reclus, que no se había distinguido hasta aquel momento del de los "liberales" bajo el Imperio, tuvo dos aspectos, según se considere al geógrafo o al hombre político. No es que hubiese dos hombres en él; él supo siempre conservar el equilibrio, y como un *modus vivendi*, entre el hombre de acción y el hombre de ciencia. Tendríamos que preguntarnos incluso en qué medida las opiniones del primero han podido reaccionar sobre la obra del segundo. Afiliado a la Internacional en 1866, cumplió su deber en 1870 en las defensas de París como simple guardia nacional; tomó parte, el 18 de marzo de 1871, en la Comuna, fué hecho prisionero en el altiplano de Chatillon y condenado a la deportación, pena que Thiers, a instancias de algunos de los más grandes hombres de ciencia de Europa, conmutó por la de la proscripción (enero de 1872). Fué a establecerse entonces a Suiza, a Lugano, luego a Vevey y a Ginebra, donde entró en relación con los jefes del nihilismo ruso, el príncipe Kropotkin y Bakunin (4) y, aunque amnistiado en 1879, no volvió entonces a Francia. La cosa es que de todas aquellas orillas de los lagos suizos, no podía cansarse de admirar "la belleza de las montañas", que ejercieron siempre una verdadera fascinación sobre su espíritu, y que habría estado tentado a adorar, como los pueblos antiguos. Es preciso leer en "Les Continents" (pág. 154 y siguientes) las páginas conmovidas que consagró allí a la belleza de las montañas, "a la alegría profunda que se experimenta al trepar a las altas cimas donde, tocando el suelo, se adquiere el uso de los propios miembros y de la libertad", y se comprenderá, con las razones de la elección de aquella permanencia, su religión de la montaña, que tuvo en común con Michelet: "Vevey, Lucerna, Interlaken,

son otras tantas ciudades sagradas donde todos los amantes de la naturaleza van en peregrinación".

En 1892 Reclus se estableció en Bruselas, donde la Universidad libre le ofrecía la cátedra de geografía comparada; en 1894 contribuía y colaboraba activamente en la fundación de la Universidad nueva. Es entre esas dos fechas, 1866-1894, que se encuentra en el período máximo de agitación política, su esfuerzo máximo de producción científica.

En 1866-67 aparecieron los dos volúmenes de "La Terre", la obra a que es preciso estar agradecidos por el prestigio nuevo dado a la geografía física, y donde la influencia de Ritter, como se ha visto más arriba, es grandemente preponderante. En aquel cuadro de la evolución planetaria, el autor se dedica más bien a la superficie exterior del globo que a su estructura profunda; la forma y los contornos del suelo tienen allí más lugar que el suelo mismo y los terrenos; es una morfología de la que estaba excluida la geología, laguna tanto más explicable cuanto que la geología estaba entonces muy lejos de lo que es en nuestros días. Pero era tal la claridad de la exposición, la novedad de los puntos de vista, la poesía de las descripciones, el tono de entusiasmo que no excluía la precisión, que el libro conquistó inmediatamente a todos los hombres cultos y puso a su autor a la altura de iniciador de una ciencia nueva. Pareció como el "Discurso sobre el método" de la geografía. Al mismo tiempo que era elevada a la dignidad de ciencia, la geografía adquirió derecho de ciudadanía frente al gran público. Por otra parte, el cuadro y la forma de la obra geográfica estaban ya fijados, mientras que hasta entonces los "tratados" de geografía, de los cuales el de Balbi era el más estimado, habían oscilado, sin determinación, entre el tipo del itinerario, de la guía, del diccionario y del atlas. Reclus era al mismo tiempo preciso como un Joanne, poeta como un Michelet.

No está de más subrayar la importancia de estos dos primeros volúmenes; fueron en Francia y en el exterior una revelación de la verdadera geografía general y de la verdadera geografía comparada. Uno de nosotros recuerda haber sentido decir a un hombre eminente como el profesor Penck, hoy sucesor de Richthofen como titular de la cátedra de geografía de Berlín, que había tenido, al leer la obra de Reclus, una de sus más fuertes, fecundas y decisivas inspiraciones. Un hombre de ciencia francés como Emmanuel de la Margerie, al mismo tiempo geógrafo y geólogo, está bien dispuesto a testimoniar de lo que debe a sus relaciones intelectuales con Eliseo Reclus y especialmente al estudio de "La Terre".

Reclus, después de un recogimiento de siete años, hizo salir, desde 1875 a 1893, los diez y nueve volúmenes de su "Nouvelle Géographie Universelle". Era ciertamente "nueva" por la inspiración y el método, que tuvo buen cuidado de definir al comienzo del primer volumen, sobre Francia, haciendo tabla rasa de todo lo que se había hecho antes: "La geografía convencional, que consiste en citar las longitudes y las latitudes, en enumerar las ciudades y las aldeas, las divisiones políticas y administrativas, no tomará más que un puesto secundario en este trabajo; los atlas, los diccionarios, los documentos oficiales proporcionan ya en esta parte de la ciencia geográfica todas las informaciones deseables".

Como ha escrito F. Schrader, "es un cuadro de la tierra, no sólo de la vida y de la evolución planetaria, sino también cómo se la ha hecho suya y repartido la humanidad". En el cuadro ensanchado de la "tierra" hace entrar, al lado del ambiente fi-

sico, el ambiente humano, fijando las divisiones que son naciones, las agrupaciones que son pueblos, los centros de cristalización que son ciudades, e imprimiendo al conjunto un movimiento que es la historia. Así el humanitario había vuelto a encontrar a lo largo del camino la cualidad dominante de la geografía, el sentido de la diversidad y, en la expresión, el poder de diferenciar los hombres, los lugares, los paisajes: "por espíritu de justicia y de simpatía humana, descubrió en cada fracción del planeta y de la humanidad los rasgos especiales que la distinguen. Por todas partes circula "un soplo de amor a la tierra y a sus hijos" (5).

Se ha dicho ya todo sobre los méritos de la "Nouvelle Géographie Universelle", sobre el justo medio que Reclus supo tener, guardándose igualmente del exceso de descripción y del exceso de documentación, que habrían podido hacerle salir igualmente del cuadro que se había trazado. No hay allí ni impresiones de viaje a lo Loti, ni una obra crítica como la de Taine, donde el aparato de las pruebas corre el riesgo de hacer perder de vista el complejo del relato. El autor quedaba fiel a su ideal de artista, y sabía que si las obras bien escritas son las únicas que pasan a la posteridad, son también las únicas que salen de las bibliotecas. Ahora bien, la "Nouvelle Géographie Universelle", del mismo modo que sus trabajos polémicos, era en el pensamiento de Reclus un instrumento de propaganda, un arnés de conversión. No quería convertir sólo al círculo restringido de los geógrafos, sino al espíritu público, porque ganarlo para la geografía significaba convertirlo a la "belleza de la tierra", darle por ejemplo la naturaleza como el único mundo en que su ideal de armonía universal se había realizado.

La ausencia de piezas justificativas ocultaba la información más amplia. Este escritor, este poeta lo había visto todo, lo había leído todo, lo había controlado todo por sí mismo; y es fácil de darse cuenta, leyendo línea por línea, de que no se le ha escapado un relato técnico, un escrito cualquiera. Cuando no tenía otra cosa, consultaba las "notas manuscritas" o se hacía informar por viajeros o por prófugos. Sin embargo, cita muy poco sus fuentes; sus referencias son raras, brevísimas, a menudo insuficientes. No sólo ha querido con eso ocultar la propia ciencia, como por un pudor de erudición, o tenía oprimir al lector bajo un aparato demasiado grande de notas marginales. No, esa escasez de referencias procedía de sus ideas comunistas. La ciencia y todo lo que es ciencia, como toda partícula de verdad descubierta por el hombre, no puede ser subordinada a la miserable ley de la apropiación individual: todo es de todos, todo lo que ha sido impreso y revelado al público se ha vuelto por eso mismo dominio común; y si se puede deplorar, desde el punto de vista científico, el que no haya comprendido cuánto valen para el lector, el investigador y el crítico las indicaciones precisas sobre las fuentes consultadas, no se puede menos de admirar la idea social que lo guiaba. Era lógico consigo mismo hasta el extremo; y nosotros lo hemos oído declarar altamente que todos tenían derecho a saquearlo, y a saquearlo ampliamente sin citararlo; y muchos que no tenían ciertamente las ideas comunistas de Reclus, no han vacilado en practicar tal derecho respecto de él, y sin discreción alguna.

Si ese método de poner en común todos los materiales de estudio era apropiadísimo para escandalizar a los bibliógrafos, su método de tratar materialmente los libros y sobre todos los periódicos, era todavía más apropiado para escandalizar a los hi-

blíofilos. Nosotros lo hemos visto en el Instituto Geográfico de Bruselas en pleno trabajo de "disección"; cortaba en pedazos muchas de las revistas que recibía, clasificando cada trozo, es decir, cada artículo, según el asunto tratado. Por lo demás, mostrando un imperturbable e impenitente candor que imponía respeto, lo recibía todo, lo leía todo, lo clasificaba todo; no podía suponer que los otros no hiciesen lo mismo, con la misma sinceridad y conciencia; y enriquecía sus carpetas geográficas sobre la Corea, sobre el Tibet o Armenia con todos los artículos concernientes de cerca o de lejos a los pueblos de aquellos países, aunque fuesen publicados en las pequeñas revistas anarquistas, libertarias o revolucionarias.

Reclus se ponía en todo y por todo no sólo por sobre el derecho escrito, sino también del derecho consuetudinario: No tenía ningún prejuicio, ningún partido tomado. Con perfecta buena fe, diremos casi con una real y bella ingenuidad, era independiente. Y aquel hijo de pastor evangélico había llegado a la anarquía como a la culminación más lógica y más sencilla del libre examen.

Escritor, artista, apóstol, fué siempre un hombre de ciencia probo y escrupuloso. Nadie ha pensado menos que él en hacerse un mérito de la propia imparcialidad; ninguno le fué más fiel que él. No deja de extrañar en los que lo leen al no encontrar rasgo alguno de su vida agitada en aquella prosa límpida que fluye como un gran río lleno, sin pausas ni sobresaltos. Si hemos creído poder encontrar en su obra reminiscencias de su educación en un ambiente místico y de los episodios de su educación intelectual, en vano se buscaría allí su eco. Tiene un carácter objetivo por excelencia. Fué de aquellos que hacen justicia a todos, y en los cuales la simpatía habla más fuerte que la pasión. Una prueba la tenemos en el homenaje que rinde al pueblo español, a la obra de los jesuitas en el Paraguay; la misma simpatía que ha hecho intuir el resurgimiento del carácter chino, el porvenir reservado a la raza amarilla, en el momento mismo en que su sensibilidad se apiadaba de la suerte de las dulces poblaciones polinesias, destinadas a desaparecer ante el hombre blanco, y de las cuales habló como Lotí. Por otra parte, tenía demasiado el sentido de la historia, que según sus ideas forma un solo cuerpo con la geografía como el hombre con la tierra, para no hablar con equidad de las formas políticas y religiosas del pasado, que, sin embargo, no respondían ya a su ideal, como de las formas actuales de la sociedad, que no concuerdan con nuestra idea de la civilización.

De esta vasta comprensión de la función de cada uno, de este esfuerzo constante y para él fácil hacia la imparcialidad, de ese deseo espontáneo de juzgar todo sin injusticia y sin rigidez, y al mismo tiempo de esa sinceridad calurosa que no excluye la predilección ni la emoción, queremos poner bajo los ojos de los lectores extranjeros un testimonio a título de ejemplo. Se trata simplemente de las primeras tres páginas completas y textuales del volumen consagrado a Francia en la "Nouvelle Géographie Universelle". Recuérdese que ha sido escrito en 1876, sólo seis años después de la guerra, y no se puede menos de admirar allí el completo dominio de los sentimientos más diversos:

"Francia es un país de extensión media entre las comarcas de la tierra que tienen una historia política distinta y un movimiento propio de civilización. Mucho más pequeño que China, que Indochina y que otros Estados de formación más reciente, como Rusia, el Brasil o la república de los Estados Unidos, ocupa

una superficie más considerable que algunos territorios, cuyos pueblos tuvieron o tienen todavía una influencia notable sobre los acontecimientos históricos: Grecia, Portugal, Suiza, Holanda y también Inglaterra. Un poco más de la milésima parte de la superficie terrestre, 1/255 de la tierra emergida, he ahí cuál es el dominio de Francia sobre la superficie del globo. Es verdad que por la fuerza numérica de su población esta pequeña parte de la tierra ocupa un grado bastante elevado, porque más de un cuarentésimo de los hombres pueblan su superficie. Sin embargo, los habitantes no se amontonan en ella en multitudes tan densas como en los valles del Ganges, del Yang-Tse, del Hoang-Ho, o como en la Italia del norte, en Sajonia, en Bélgica, en Gran Bretaña. Por la densidad relativa de su población, Francia ocupa así una posición media entre los países civilizados. Pero si hay que clasificar a las naciones según el valor de su función histórica, reconoceremos que el pequeño ángulo de tierra comprendido entre los Alpes de Nizza y el mar de Bretaña, entre los Pirineos y los Vosgos, es uno de aquellos donde se han realizado más numerosos acontecimientos de la mayor importancia para los destinos de la humanidad entera.

"Sin duda sería presunción el querer, según un viejo hábito de lenguaje, reivindicar para Francia una especie de hegemonía moral. Al día siguiente de los más grandes desastres, cuando toda ambición de soberanía material había sido mortificada, un poeta celebraba todavía a Francia como la "reina del mundo" y la nación repetía aquellos cantos para consolar de la derrota. Era una debilidad; es preciso saber aceptar el propio infortunio y no exponerse a los crueles desmentidos que el destino inflige al orgullo. Desde el principio del siglo, Francia ha sido ciertamente igualada por las naciones rivales suyas de Europa en los trabajos de pensamiento y en las artes de la paz, sin hablar de los juegos sangrientos de la guerra. Se podría por tanto vituperarla si quisiera conservar para ella sola el nombre de "gran nación" que le fué dado un tiempo. ¿Pero qué pueblo civilizado existe que no haya afirmado con la voz de sus escritores, hombres de Estado y a menudo con la del pueblo entero sus pretendidos derechos de superioridad? La "vieja Inglaterra", la "gran Alemania" se dicen también a la cabeza de la humanidad; aunque llegada más tarde al concierto de la civilización, la "Santa Rusia" que ocupa por sí sola una cuarta parte del viejo mundo, pretende tener un destino en relación con la extensión de su territorio; Italia, apenas vuelta a la vida política, aspira al "primado" y se vanagloria de ser heredera de la "ciudad eterna", mientras, más allá de los mares, la "joven América", siguiendo en su carrera hacia el occidente la "estrella del imperio", cree haber constituido la república modelo y ser portadora del "arca santa de los pueblos".

"De todas estas pretensiones rivales surge una verdad. El mundo de la civilización se ha agrandado y de todas las comarcas parten simultáneamente los movimientos de iniciativa. Francia, aunque el odio y la envidia la hayan declarado a menudo decaída para siempre, tiene ciertamente su parte enorme en el trabajo común; sus influencias y sus ideas la hacen de tal modo útil al mundo que no se podría imaginar las historias próximas de las naciones si Francia faltase. La comarca donde se ha realizado una parte tan considerable del trabajo humano es por consiguiente de aquellas que deben ser descritas con el mayor esmero. Importa conocer todas las condiciones del ambiente en que se ha desarrollado

una nación, la existencia de la cual ha estado tan repleta desde que los ejes de la civilización se trasladaron del Mediterráneo a las orillas del océano. Una parte de las influencias que han obrado sobre la nación francesa para hacer de ella lo que ha sido, permanecerá siempre ignorada por nosotros, pues los orígenes de las razas y su vida primitiva no son relatados por la historia; pero lo que dicen el suelo, el clima, la configuración geográfica, basta para explicar de una manera general la obra propia de Francia en el conjunto del trabajo humano. Es lo que nosotros expondremos lo mejor que podamos, esforzándonos por no obedecer a ningún residuo de vanidad nacional. Lo que no nos impide sentirnos conmovidos en nuestras fibras más secretas, al hablar del país donde resuena el dulce lenguaje materno".

Estas páginas proporcionan de un golpe un ensayo feliz de la manera "reclusiana" de entender las relaciones entre la geografía y la historia. Se reconoce allí al artista al mismo tiempo que al hombre de ciencia. El autor procede por tintes, por retoques, por impresiones, más aún que por análisis rigurosos y deductivos. Y ciertamente nosotros estamos bien lejos de censurarle por no querer hacer salir "completamente armada" por decirlo así la historia de la geografía. Sin embargo hay partes de la geografía, especialmente de la geografía física, donde el concatenamiento de los hechos los unos respecto de los otros, constituye una verdadera explicación. Pero no es ese concatenamiento del detalle lo que preocupa a Reclus sobre todo; es, como hemos dicho ya, la armonía del conjunto. Aquí hay, en cierto sentido, una de las verdaderas lagunas de su obra; la cual no es, donde habría podido serlo, bastante racional y explicativa (ejemplo: el Amazonas). El autor no hace surgir bastante los hechos unos de otros; y en la ausencia de esa disposición organizadora de los materiales presentados, la *Nouvelle Géographie Universelle*, sigue una gloriosa etapa de transición —pero una etapa solamente— entre la antigua geografía descriptiva y la moderna geografía física, metódica y racional.

Tanto es así que cuando apareció el último volumen, Reclus no creyó terminada su obra. Le quedaba por dar la síntesis, la idea de conjunto que no había encontrado su puesto en el estrecho cuadro de la geografía. Y escribió *El Hombre y la Tierra*, que pudo terminar, pero cuya publicación apenas se ha iniciado (1906). No podremos juzgar ese epílogo más que cuando haya sido enteramente publicado. (Concluirá en el próximo número).

(1) ¡País libre! Eso era, muy relativamente, por lo demás, antes de la mitad del siglo pasado; ahora los Estados Unidos están literalmente aplastados por el talón de hierro de la más odiosa y tiránica plutocracia, que prohíbe en las cátedras las doctrinas de Darwin y reserva a los militantes de la revolución la silla eléctrica. — El traductor.

(2) V. H. Baraldi, "Cent ans aux Pyrénées, 7 vols. en 8.", 1898-1904.

(3) Pocos saben, probablemente, que para su itinerario de la Auvergne, A. Joanne utilizó los manuscritos de Jean de la Roche y del marqués de Villomer, que le comunicó George Sand.

(4) Hay errores en esto. Max Nettlau pone todo esto en claro en su volumen: "Eliseo Reclus, el sabio y el anarquista".

(5) F. Schrader, "Eliseo Reclus" en "La Géographie", pág. 85.

Del arte de hacerse genio

Cómo principio quieren las cosas, también el genio tiene que empezar de algún modo, y empieza generalmente en verso, sonoro y huero, ajustado a la poesía de forma, de puro artificio, no a la verdadera poesía que, según Musset, está en el alma como el ruiseñor en el ramaje... Tirada de versos en uno de los periódicos anodinos y en seguida un bombo de una de las innumerables clases que se estilan.

Por ejemplo (de puño y letra del genio).

"El joven y ya distinguido poeta don Fulano, autor de la preciosa poesía que publicó ayer "El Cencerro", ha tenido la inmensa desgracia de perder a su señora madre, doña Josefa, modelo de virtudes y fiel esposa de don Juan Nepomuceno, del mismo apellido del poeta, a quien enviamos nuestro más sentido pésame".

Cuando el genio se nota crecido pone a pieño un crítico cualquiera, un crítico eunuco y convencido de que no puede crear nada. El genio no sabe andar solo. Orador, novelista, dramaturgo, o lo que sea, necesita indispensablemente, a guisa de bastón, un crítico para los estrenos. Con él se levanta, con él se pasea y con él se acuesta... Frente a frente se acarician.

—¡Qué grandilocuente tu artículo de ayer, Rafael!

—¡No hay crítico como tú, Baltasar!

—¡Mucho te quiero, Rafael!

—¡Más yo a tí, querido Baltasar!—

Separados, el crítico dice del articulista que es un animal, y el articulista dice del crítico que es un imbécil.

Con diligencia verdaderamente maternal, el genio va preparando el canastillo de sus obras.

En los días anteriores y posteriores al acto de dar a luz no descansa el crítico adjunto en la tarea de colocar sueltos en honor del genio. Se le hinchan los pies, se le revientan los sabañones, se vuelve tonto (es decir, más que es), porque el genio es una especie de buzón que traga sin cesar sueltos y artículos. Baltasar hace más: coloca al azar y con astucia una porción de embustes.

"¡Ese Rafael, qué suerte tiene! ¡Mil dureses anticipados le dieron ayer por su libro!"

"¡Qué suerte tiene Rafael! Moya, Suárez Figueroa y Mellado andan por ahí, locos, pidiéndole artículos."

"¿No sabéis lo de anoche?... que Rafael fué a "El Imparcial", y Gasset le rogó que escribiera algo, y Rafael contestó que sí, y Gasset dijo tocando el timbre: que se detenga la confección del periódico. El señor Rafael va a escribir una cosa".

No satisfecho con la labor de "su" crítico, que viene a ser una *dame de compagnie*, el genio da a diestro y siniestro sablazos bibliográficos.

¿Sabe que X, por ejemplo, es de Extremadura? Pues le envía de regalo unos chorizos del *cajalar* (que así se llaman), con una carta suplicándole el panegírico correspondiente. Prepara al crítico de *Covadonga* como quien prepara un toro viejo para que no embista, pasándole las manos por el lomo, levantándole el rabo, besándole allí...

Asedia a los directores de los periódicos.

—¿Cuándo va usted a decir algo de mi libro?... Baltasar hará el artículo sin firma porque ya ha firmado cuatro, si no tiene usted tiempo...

—¡Que no se olvide usted de mi libro!... Está en el café; ve entrar a un redactor de tijera, macilento, arestinoso, con mataduras de puro flaco (como

que ya no sabría llevarse a la boca un pedazo de carne) y le llama cariñosamente:

—¡Oye, crítico incivil! Bebe una copita con nosotros... ¿De qué la quieres?

(El redactor no bebería; se comería un buey o un genio, pero pide modestamente un cognac con media tostada).

—Ya sabes que he publicado una obra. Es una colección de mis mejores trabajos... Los hay serios, festivos, naturalistas, románticos, para todos los gustos. Pero oye, pide otra tostada. ¿Que no? Vamos, hombre, ¡si sabremos lo que es hambre! (mozo, otra tostada para el caballero). Pues sí, he publicado una obra y necesito que me la menees un poco...

Otras veces no es un redactor de media tostada, sino un amigo independiente de carácter, un ogro literario.

—Nada me has dicho de mi libro.

—¡Cómo que no lo he leído!

—Te recomiendo este artículo (saca el volumen) que es de tu género; tiene mucha gracia; verás.

(Durante la lectura, el amigo se hace cosquillas en los sobacos y en la barriga, sin conseguir reírse).

Por encima de los puentes colgantes que tiende

de uno a otro periódico, adulando a tal crítico que le inspira recelo, y subvencionando con media tostada a tal otro que se ha puesto en venta, el genio pasa un día, un mes, un año a gatas por las redacciones, con la nariz pegada a los falzones de los directores, y consigue al fin, a fuerza de bombos y villendios, sonar como un genio... en provincias, porque en Madrid estamos en el secreto.

Recuerdo todavía los disgustos que pasé en la Coruña por convencer a sus buenos vecinos de que no era genio un señor don Héctor que estuvo allí flutando barquitos para telegrafiar a Madrid que salían todos los botes de la bahía a recibirle como si fuera un Nelson. Mucha elocuencia me hicieron gastar aquellas regatas literarias, que tenían algo de sorprendentes.

En Madrid — sépanlo los incautos provincianos — no hay más que un genio, que vale por dos, como cada mujer chilena: Castelar, genio de la palabra (y también de la pluma), que vivirá como los Mirabeau, Burke, Pitt, etcétera; y más que ellos.

Todo lo demás... miseria y compañía.

Luis BONAFUOX

ANSELMO LORENZO

El derecho a la evolución

CONFERENCIA SOCIOLOGICA

Ni por la religión, ni por la ciencia, ni por la conveniencia podemos los trabajadores otorgar un día más de privación y de dolor a los señores del privilegio para que se pongan de acuerdo y nos ofrezcan un pasadero bienestar.

Sabemos que no se pondrán de acuerdo jamás, y que no lograrán que la usurpación propietaria dé pan a los hambrientos, ilustración a los ignorantes ni felicidad a los desgraciados.

No se repetirá ya el cándido y generoso ofrecimiento de aquellos trabajadores franceses que, en 1848, pusieron dos meses de hambre al servicio de la república, que fueron recompensados con el establecimiento de los talleres nacionales, un ridículo fracaso, y más tarde con la dictadura militar, una horrible matanza.

Cuantos intelectuales nos hablan de cultura, de reformas, de instituciones de previsión, de ahorro, de higiene, de armonía entre el capital y el trabajo, si vienen de buena fe, ayúdenos en nuestra obra de reivindicación y de emancipación; abiertas de par en par tienen las puertas del sindicalismo; nadie les priva de constituirse en sindicatos de producción intelectual; por ejemplo, en defensa de sus derechos de autor contra la explotación editorial; porque, más o menos privilegiados, y a veces más míseros que los obreros de blusa bajo su traje decentemente presentable, son asalariados al fin, y sus emolumentos, sus honorarios, su sueldo, su contrato o su contrata tan salario es como nuestro jornal, y también por cesión dan a propietarios, capitalistas, empresarios y editores el fruto de su saber, y pueden concertarse con nuestros sindicatos, federaciones y confederaciones; en el libro, en el periódico y en la tri-

buna pueden prestarnos utilísima cooperación. Pero al que venga a ofrecernos las sobras de su saber, a la manera de fraile que reparte las sobras de la comunidad en la caldera caritativa a la puerta de su convento, presentándonos como una necesidad la continuidad indefinida de la usurpación y monopolio de los medios de producir, y nos ofrezca una emancipación como trabajo de infusorio capaz de levantar montañas en siglos y siglos de interminable paciencia, váyase en hora mala con su bazofia intelectual. Con el proletariado consciente y activo de todas las naciones, constituido en corporación filosófica y revolucionaria, repetimos: queremos vivir de la justicia, no de la caridad.

El que abandone injustas y falsas superioridades, el que no nos trate de igual a igual, el que no comprenda y no sea capaz de practicar con nosotros la parábola del buen samaritano, será quizá un superhombre, no un hombre, no un hermano nuestro en la grande, hermosa y justa solidaridad humana.

*
**

El hombre no puede aceptar las cosas y los hechos sin inquirir las causas. Sus facultades y sus necesidades le obligan a investigar para saber, para percibir, para evitar, para conseguir, para conservar.

Mas, para saber más, se ha de saber antes algo; sin conocimientos previos y auxiliares no puede penetrarse en el terreno de la investigación científica, ni siquiera se siente la necesidad de saber ciertas cosas por no haber llegado la ocasión de plantearse ciertos problemas.

Cuando aun no se sabía, se imaginaba. En remotos tiempos de atraso intelectual surgieron las religiones,

obedeciendo a la necesidad de conocer una verdad que nos explicara las causas de los fenómenos naturales y a todos nos uniera en un pensamiento común.

La religión o, por mejor decir, el sentimiento religioso, y, por tanto, cada religión inicial — tomando la palabra *religión* en su sentido recto, según la etimología, de religar, de reunir, con el que se dice hoy "la unión hace la fuerza", — puede considerarse como la tendencia solidaria de la humanidad a concordar en el conocimiento de la verdad.

Se comprende que en tiempos pasados, faltando datos para elevar la inteligencia al conocimiento positivo, partiendo del supuesto de nuestra incapacidad para conocer la causa creadora del universo, se recurriera a la revelación y se imaginara la existencia de un ser supremo creador y revelador, Brahma u Osiris, Júpiter o Jehová.

¿No hablamos hoy de la Verdad, de la Justicia, de la Belleza, por ejemplo, como abstracciones que tuvieran vida real, como si vivieran separadas de las cosas, y las consideramos como agentes de la oración gramatical capaces de poner en movimiento todos los verbos del idioma? ¿No vemos materializadas esas abstracciones por los artistas que representan la Verdad, la Justicia y la Belleza por hermosas mujeres con tal o cual aspecto y determinados atributos? Pues así seguramente procederían nuestros antepasados prehistóricos.

Seamos, pues, indulgentes con los creyentes, pobres de desmedrada inteligencia por educación e ilustración falseada y deficiente; pero severos, inexorables con los explotadores de las creencias, fomentadores de la ignorancia, traficantes de la mentira, con lo que viven y triunfan causando daños inmensos.

La duda, ese desequilibrio entre la convicción y la creencia, entre la fe y la ortodoxia, originó la filosofía, que es el deseo de saber, si se trata de investigar generalidades, o la herejía, que representa la lógica, si se trata de investigar la racionalidad de una creencia.

Pero la filosofía y la herejía, fuertes en el terreno negativo, porque les fué fácil demostrar las incongruencias en que incurrieron las teogonías, carecían de datos positivos y experimentales para sus respectivas afirmaciones y, negando errores, inventaban errores nuevos.

Hasta que vino la ciencia y, tras siglos de investigación, de experiencia, de observación, de controversia, de persecuciones y de metodización, pudo dar una base firme y positiva a la inteligencia, diciendo con Hæckel:

"El universo es eterno, infinito e ilimitado.

"La substancia que le compone, con sus dos atributos, materia y energía, llena el espacio sin fin y se halla en estado de movimiento perpetuo".

Salimos, pues, de los dominios de la fe que se convirtieron en imperio de la hipocresía, y entramos en la república de la ciencia, en la que, bajo apariencias democráticas, aun continúa la oligarquía de los poderosos.

Hoy, como en los remotos tiempos del esplendor de Egipto, saben o pueden saber unos y creen por no poder saber otros, permaneciendo, como consecuencia, en todo su vigor el dualismo social que prolonga la injusticia y el sufrimiento, a pesar de las maravillas creadas y puestas en práctica utilitaria por el ingenio humano, las cuales son tan grandiosas que, aunque no pueda ni deba desatenderse la economía, es lo cierto que es innecesario el ahorro, ese ahorro que se nos aconseja para que nos confor-

memos con la privación, porque la producción, excediendo al consumo, ni siquiera hay donde almacenarla. Más aún: la misma abundancia ¡absurdo incomprensible! se convierte para los desheredados en causa de escasez.

*
**

En la actualidad se hallan los continentes cruzados en todas direcciones por inmensa red de ferrocarriles, y los mares surcados por miles de rápidos buques, que transportan de cerca y de lejos viajeros y mercancías.

Esa facilidad de relaciones y de cambio, que concierta pensamientos y satisface necesidades, es reciente: Napoleón consideró como novedad sin trascendencia el primer barco de vapor que atravesó el canal de la Mancha; el 26 de agosto de 1836 se inauguró el primer ferrocarril de Francia entre París y Saint Germain.

Ese grandioso movimiento, de cuya iniciación pueden existir todavía, aunque escasos, testigos presenciales, está de tal modo penetrado con nuestro modo de ser social, que al ignorante y al indiferente les parece antiquísimo.

Existe en el mundo civilizado una fuerza activa que excede de 200 millones de caballos de vapor; y teniendo en cuenta que cada fuerza-caballo técnico representa tres caballos, y cada caballo equivale a la fuerza de siete hombres, prescindiendo de la valoración de otros y poderosos medios de producción mecánica, antiguos y modernos, como el aire, las corrientes fluviales, las mareas, la electricidad, etc., etc., para unos 1.500 o 1.600 millones de habitantes de que consta cada generación, disponemos de más de 4.000 millones de fuerzas humanas.

Para conocer y domar de tal manera las fuerzas naturales, la humanidad ha observado, ha estudiado, ha trabajado mucho. Por el trabajo, que es observación, método, generalización, serial, aplicación práctica y transformación aplicable a la realización de deseos y a la satisfacción de necesidades individuales y colectivas, tenemos hoy terrenos habitables donde había enmarañados bosques, pantanos cenagosos y climas insanos; tierras antes estériles, nos suministran ricas y abundantes mieses; rocas abruptas que contenían guaridas de fieras, sostienen en la actualidad terraplenes donde se cultiva la vid y el olivo; plantas antes silvestres, de fruto áspero y raíces no comestibles, transformadas por inertos y reiterados cultivos, se han convertido en hortalizas o árboles frutales útiles y agradables; los ríos son navegables; las costas, conocidas y accesibles; los tesoros minerales, desentrañados, y donde quiera que se entrecruzan las vías de distribución y de correspondencia brotan y crecen ciudades, en cuyo recinto se acumulan las riquezas de la industria, de las artes y de las ciencias.

Más aún: un campo que se rotura es una riqueza presente y futura; un campesino que planta un árbol crea frutos para sus nietos; una idea, un descubrimiento científico, un invento industrial o una creación artística, ocurridos en Barcelona, en España, en cualquier parte del mundo, cerca o lejos, gran centro de población u olvidado caserío rural, son producciones que cunden y circulan con rapidez por todo el mundo y quedan indefinidamente para satisfacción de necesidades materiales y morales de las generaciones venideras, siendo a la vez origen de nuevas y multiplicadas producciones; el alfabeto, la numera-

ción, la imprenta, el telégrafo, el fonógrafo, el aeroplano, el dirigible, el camino, el puente, el ferrocarril, el canal, el puerto, el barco, la casa, los muebles, el libro, el cuadro, el museo, la academia, la universidad, la fábrica y muchos etcéteras que pueden añadirse, representan resúmenes de conocimientos y trabajos legados por generaciones anteriores, sacrificios impuestos en vista de necesidades presentes y una riqueza de saber y de poder legada por la generación viviente a sus sucesoras.

Se ha llegado a tal fuerza productora, que mientras el antiguo cazador de los tiempos prehistóricos necesitaba un espacio enorme para encontrar el alimento para sí y para los suyos, el civilizado, con fatiga infinitamente menor y en un territorio relativamente pequeñísimo, produce lo necesario para sí y para su familia y un excedente para el cambio.

En el suelo virgen de las praderas de América, dice Kropotkin, cien hombres, con la ayuda de poderosas máquinas, cultivan en pocos meses el trigo necesario para que puedan vivir un año diez mil personas. Con las máquinas modernas, cien hombres fabrican en poco tiempo telas con que vestir a diez mil hombres durante dos años. En las minas de carbón bien organizadas, cien hombres extraen cada año combustible para que se calienten diez mil familias en un clima riguroso. En la agricultura, en la industria, en la ciencia, en el conjunto de nuestra organización social y sin más que con el cuidado y vigilancia de los siervos de hierro y de acero que ha creado el ingenio humano, la humanidad entera podría llevar ya una existencia de paz, de bienestar, de felicidad.

Innecesario detallarlo: entre el debe y el haber de la humanidad hay un riquísimo superávit. Según cálculos estadísticos positivos, se ha demostrado que con lo que se produce, a pesar de lo irregular y antieconómico de la producción bajo el régimen del privilegio, dado el número de los habitantes del mundo, correspondería a cada uno tres raciones alimenticias y cinco raciones industriales.

Los hechos hablan: con lo que se produce, a pesar de cómo se produce, la humanidad actual podría sostener dos humanidades más.

Respetando el neo-maltusianismo, con el cual no me meto aunque lo considero discutible, digo que el antiguo maltusianismo, que ya no existe más que en la mollera de unos cuantos burgueses triunfantes, no por más fuertes ni más inteligentes, sino por ruda testadurez o por hallarse ciegamente favorecidos por la casualidad — o por el negocio, — está negado por los hechos más que por las teorías.

Hoy el hombre rico que niegue a un hombre pobre, a su hermano en la humanidad, su derecho al cubierto en el banquete de la vida, comete un fratricidio.

La religión, que predica la caridad como atemperante a la injusticia social, aunque predicada al mundo desde el púlpito y aun desde el trono de la infalibilidad, queda reducida al triste menester de excusa del privilegio.

La frase de Santo Tomás de Aquino: "los ricos no son ricos sino administradores de los pobres", lo mismo que la profecía evangélica: "siempre habrá pobres en el mundo", quedan desmentidas por la actividad humana, por la sociología y por la evolución progresiva. El que lo niegue, si funda su negativa en sus creencias religiosas, blasfema contra la misma justicia divina que acata y adora, contra la idea de

absoluta justicia; si se funda en teorías de determinada escuela economista, se equivoca.

Los estadistas y legisladores que conservan el bárbaro espíritu de la ley de las Doce Tablas, que cuenta veintitantos siglos de legalización de la iniquidad, e incurriendo en contradicción flagrante, escriben en las constituciones democráticas de los Estados modernos derechos populares que se hallan en pugna con los Códigos civiles y que luego castigan los Códigos penales, cometen legalmente, además de un absurdo, un crimen; pero crimen de extensión y alcance incalculable por el número inmenso de víctimas que produce.

El proletariado acusa a la actual civilización.

Si hoy existen parias que ante el progreso de las ciencias quedan analfabetos; que ante los progresos de la agricultura, de la industria y de la facilidad de cambios y transportes no tienen pan ni albergue; que ante el fausto y la insultante alegría de los que gozan han de sentirse poseídos de envidia, de odio y de rabia dando frutos fatalmente legítimos de tan deprimentes pasiones, ¿quién puede tirarles la primera piedra? No serán ciertamente los capitalistas que constituyen aquellas compañías marítimas, carrilanas o mineras sobre cuya conciencia, por afán de lucro, pesan naufragios, descarrilamientos o explosiones de grisú, sin que legalmente pueda exigírseles responsabilidad; no serán tampoco aquellos propietarios, industriales y comerciantes que despojan al productor del fruto de su trabajo, cargándole además, como inquilino y como consumidor, con las enormes exacciones con que se paga el tributo y con que se forma la renta; ni menos aquellos gobernantes que, sobre tener a su cargo el estancamiento social, sostienen la paz armada y pueden declarar guerras que cuestan miles de vidas y ruinas y desastres incalculables; ni mucho menos aquellos políticos que con falsos programas embaucan electores a quienes encubren y dificultan cuanto pueden el progreso de la ciencia evolucionaria y revolucionaria.

Todo filósofo, todo científico, todo artista que no busque preferentemente la verdad, la bondad y la belleza en sus relaciones con la equidad como base fundamental de la sociedad humana, son servidores de la mentira, de la maldad y de la fealdad; son Judas que entregan la víctima desheredada por los treinta dineros que les paga el Sanhedrín de la usurpación propietario-capitalista.

*
**

Para regular las relaciones humanas dándoles un fundamento de derecho y una finalidad jurídica, se aplican dos criterios: el que parte del individuo, considerado como miembro social y como súbdito nacional, y el que se funda en la naturaleza humana. Por el primero se entiende que el derecho, derivado de las costumbres, definido por el legislador y consignado en las leyes, sirve de norma a los gobernantes, a los jurisconsultos y a los individuos en general; por el segundo el derecho humano es ingénito en el hombre, ilimitado y absoluto, concuerda con las leyes naturales y es anterior a toda ley escrita o consuetudinaria. En un caso el hombre resulta hechura del hombre, formado por la rutina, el dogma y la autoridad; en el otro es un resultado fisiológico, en evolución constante, marchando hacia una perfección indefinida.

Las consecuencias de una y otra teoría, a pesar de la sencillez de su enunciado, son diametralmente opuestas: afirmando el derecho con relación al in-

dividuo, resulta que siendo la parte inferior al todo, el individuo se halla supeditado a la colectividad, al Estado. Por eso decían los romanos, y después de ellos todos los tiranos del *Salus populi*, que en substancia significa: la salvación del imperante, autócrata u oligarquía dominadora, es la suprema ley. Fundando el derecho en la naturaleza humana, ha de considerarse igual en todos los individuos sin excepción, y cada cual puede reivindicar para sí este grandioso y atrevido pensamiento de Pi y Margall:

"*Homo sibi Deus* — ha dicho un filósofo alemán: — el hombre es para sí su realidad, su derecho, su mundo, su fin, su Dios, su todo. Es la idea eterna, que se encarna y adquiere la conciencia de sí misma: es el ser de los seres, es ley y legislador, monarca y súbdito. ¿Busca un punto de partida para la ciencia? Lo halla en la reflexión y en la abstracción de su entidad pensante. ¿Busca un principio de moralidad? Lo halla en su razón, que aspira a determinar sus actos. ¿Busca el universo? Lo halla en sus ideas. ¿Busca la divinidad? La halla consigo.

"Un ser que lo reúne todo en sí es indudablemente soberano.

"El hombre, pues, todos los hombres son ingobernables. Todo poder es un absurdo. Todo hombre que extiende su mano sobre otro hombre es un tirano. Es más: es un sacrilego".

Derivado del antiguo error romano subsistente y arraigado aún en la mente de los privilegiados y de sus servidores los estadistas de todos los partidos políticos, sostenido hasta por los que se denominan revolucionarios y radicales y únicamente rechazado por el proletariado continuador de La Internacional, tenemos el concepto vigente de la propiedad, con su indispensable adlátere el único derecho de accesión y consiguiente dualismo social, representado por la división de propietarios y asalariados, formas modernas de la antigua división en hombres-persona y hombres-cosa.

Los políticos en general parten del mal criterio, y si alguno como pensador suelto y desligado de compromisos políticos tiene atrevimientos radicalmente racionales, los olvida o los niega en cuanto las circunstancias lo reclaman, y se vuelve misoneísta, odia las innovaciones, porque así lo exigen las leyes que como gobernante ha de hacer cumplir, los privilegios que ha de hacer respetar y la sumisión que con el nombre de orden ha de imponer. Por eso veréis que cualquiera que sea el criterio particular de esos hombres sobre la propiedad, nunca llegarán a inscribir en sus programas nada que tienda a la expropiación necesaria para la participación de todos en el patrimonio universal.

En cuanto al buen criterio, fuerza es reconocerlo, únicamente lo posee ese proletariado emancipador que desde la Internacional lucha, sufre y se sacrifica, declarando y demostrando, por su organización libre y su acción sindical, que detesta el privilegio y no lo quiere ni para sí mismo.

A pesar de cuantas sutilezas se han inventado para justificar el concepto legal de la propiedad, siempre resultará cierto que el planeta que habitamos, con todas sus riquezas naturales, es anterior a la humanidad. Es seguro que la aparición de los primeros hombres no se presentó ninguno provisto por autoridad superior y competente de un título de propiedad, ni había nadie autorizado para reconocerle, ni se dijo una palabra del "derecho en las cosas" (*in re*), ni del "derecho a la cosa" (*ad rem*), ni de todos esos enredos legales, ridículamente hacinados en la llamada ciencia del derecho, que estable-

cen que don Fulano, por haberse inscrito en el Registro de la Propiedad, sea dueño de un pedazo de mundo, y que muchos hombres no tengan tierra que pisar.

Y si ni mono, ni antropopiteca ni hombre alguno nació propietario por derecho divino, así ha seguido sucediendo, y así sucederá siempre, y por tanto, el suelo pertenece, no al primer ocupante, ni menos a su heredero, y mucho menos a un comprador, sino a todo el mundo, sin que prescriba jamás este derecho de todos y de todas, porque un legislador cómplice de un conquistador, con la bendición de un sacerdote de una religión cualquiera, — puesto que todas las religiones bendicen al usurpador triunfante, — hayan estatuido lo contrario, y los vencidos lo hayan acatado por debilidad primero y por ignorancia después, admitido como está por la razón que el derecho humano es ilegible y por añadidura inalienable e imprescriptible, pensamiento que me complace en reforzar con autoridad que no puede ser sospechosa en este asunto, la de León XIII nada menos, quien en su famosa encíclica *Rerum Novarum* formuló este pensamiento que puede suscribir todo anarquista: "No existe razón para recurrir a la providencia del Estado, pues el hombre es anterior al Estado, ya que antes de que se formara la sociedad civil tenía por la naturaleza el derecho de proveer a sus necesidades".

Así, pues, bien puede decirse, sin que racionalmente lo niegue nadie, que hay una riqueza natural a disposición de los hombres, sin exclusión ni privilegio, ni más limitación que la consiguiente a la prudente participación de todos, de la cual puede decirse, parodiando un decir de la fraseología política, que la ración de cada uno se limita por la ración de todos y por la prudencia conservadora; que hay también una ciencia formada y acrecentada incesantemente, no sólo por obra extraordinaria del genio, sino con el concurso de éste y con el resultado de la observación, del estudio y de la metodización de los observadores y pensadores de todos los tiempos, de todos los países y de todas las razas, comulgando en la grandeza de la unidad humana, que no sólo no debe limitarse a los favorecidos por la usurpación propietaria que en el día tienen acceso a la Universidad, sino que ha de considerarse que la ciencia es un bien inagotable que cuanto más se toma de él más aumenta, y, por último, que con los bienes naturales, la aplicación de la ciencia a la producción y con el trabajo se forma una riqueza social a cuya elaboración, disueltas las actuales clases y jerarquías en la igualitaria fraternidad humana, tienen todos el deber de contribuir y de cuyo beneficio tienen todos el derecho de participar.

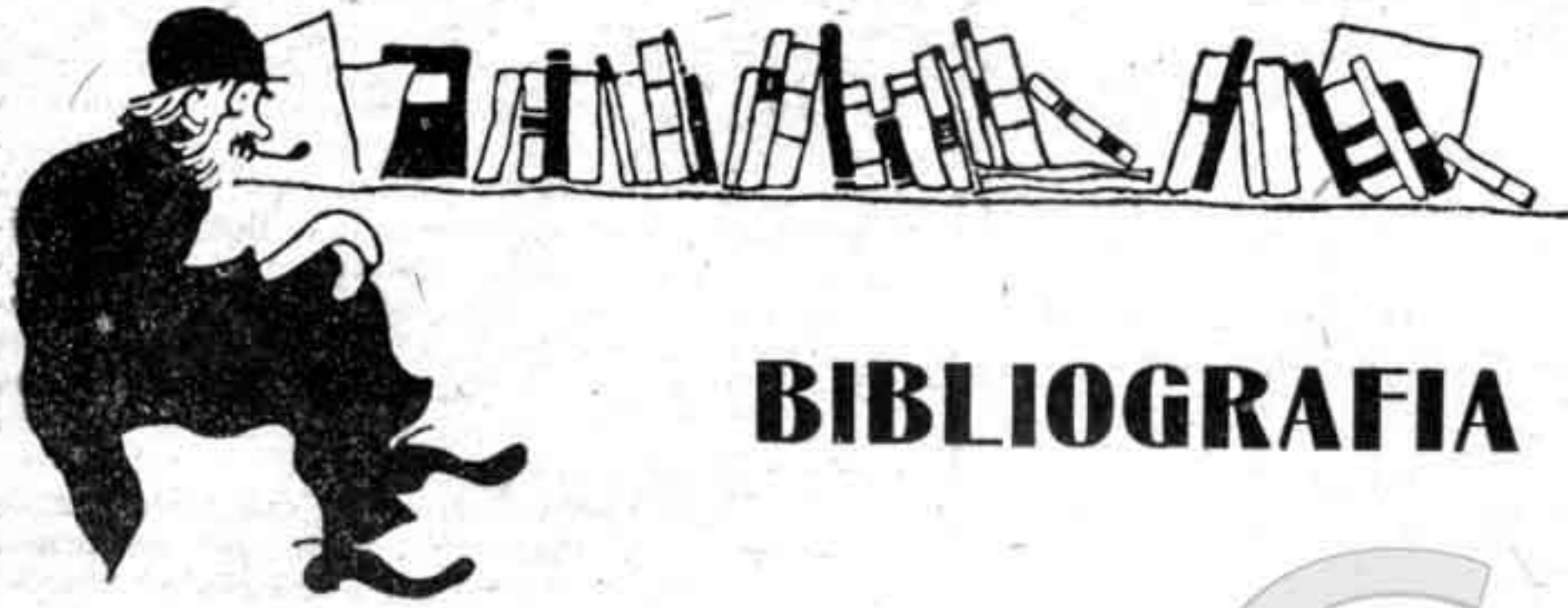
Como consecuencia: no tiene dueño la tierra, como no lo tiene el aire, la luz, los mares, el subsuelo, las energías naturales conocidas o desconocidas, ni todo cuanto existe sin el trabajo del hombre; no tiene dueño la ciencia, bellísima y práctica representación de la solidaridad humana, suma total de los conocimientos parciales de cada ser, de cada generación, de cada pueblo histórico, de cada gran agrupación étnica; no tienen dueño los medios de producción, don natural o consecuencia y aplicación de los conocimientos científicos. Porque la tierra, la ciencia y los grandes artefactos mecánicos no los crearon sus detentadores, sino que se crearon por causas independientes de la actividad del hombre o se produjeron por el trabajo de la inmensa mayoría de los hombres, descontentados únicamente los privilegiados usurpadores y holgazanes.

Con la riqueza natural y con la producida por el estudio y el trabajo se forma el gran patrimonio universal. ¡Patrimonio, bienes de nuestros padres, que de derecho pertenecen a todos los humanos, a todos los hermanos y a cuantos viven en cada generación!

Firmes en este terreno, del que no pueden movernos todos los jurisperitos del mundo con su pretendida ciencia jurídica, los obreros emancipadores cumplimos el antiquísimo programa de los cuatro deberes, consistente en reconocer el sufrimiento, estudiar sus causas, querer su supresión y buscar el remedio, y con datos de ciencia social, elaboramos el ideal de la sociedad justificada y demostrando

no ser exclusivamente negativos y demoleedores, sino que somos los únicos que trabajamos en terreno positivo y sólido desde el cual podemos decir al mundo burgués: hay leyes injustas que vinculan lo que nadie ha creado o lo que crearon nuestros antecesores; los que formularon esas leyes, los que las conservan, los que a ellas se someten y los que las aprueban se colocan fuera de la realidad de la vida y todos juntos promueven el conflicto a que aludía Salmerón en su celebre discurso en defensa de La Internacional, con la siguiente gravísima sentencia:

(CONCLUIRA)



BIBLIOGRAFIA

ANTIMILITARISMO

B. de LIGT. — "Contre la guerre nouvelle" — Preface de Marianne Rauze. — Un vol. de 231 págs. Librairie Marcel Riviere, París, 1928.

B. de Ligt, como el gran Domela Nieuwenhuis, ha llegado al anarquismo, a una concepción especial del anarquismo, desde el seno de la iglesia. Fué sacerdote, se sintió inclinado hacia el socialismo, después a la lucha activa contra la guerra y en ese proceso mental de sinceración consigo mismo, divisó la anarquía y vió en la acción antimilitarista una de las labores más urgentes a la cual consagrar todas sus energías y todas sus preocupaciones. Es sin disputa uno de los escritores libertarios holandeses mejores y de más vasta cultura y un legítimo heredero de Domela Nieuwenhuis. Gracias a él y a otros jóvenes escritores, el anarquismo en Holanda sigue en un puesto honroso en la vanguardia de las corrientes revolucionarias de los espíritus. El libro que acaba de ver la luz en francés, *Contre la guerre nouvelle*, es una traducción de *Nieuwe Vormen van Oorlog en hoe die te bestrijden*, publicado hace poco en Holanda. No hemos leído crítica más despiadada y completa a la Sociedad de las Naciones como instrumento de paz, ni una exposición más amplia de la ideología salvadora del antimilitarismo revolucionario. El autor no es desconocido ya de nuestros lectores; en esta revista se han publicado algunos de sus trabajos. Y lo que ya se conoce de él por intermedio de esta publicación, es por sí solo un estímulo a la lectura de este libro y a su divulgación en todos los ambientes. Es un libro de batalla, de crítica a la hipocresía y a la mentira de la ciencia oficial y de la diplomacia y un guía seguro hacia un mundo mejor de hombres libres e iguales.

The anti-imperialist Review, Julio de 1928. París-Berlín-London.

Hemos recibido el primer número de esta publicación, órgano de la Liga contra el imperialismo. Combate con energía el imperialismo inglés, el norteamericano, el francés, etc., pero desgraciadamente no nos dice nada del ruso. Sin embargo, a pesar de sus debilidades e inconsistencias doctrinarias de esta tendencia, agradecemos el envío y recomendamos su lectura a los que quieren hacer aporte de datos sobre diversas formas del capitalismo moderno y seguir una parte de la literatura antiimperialista mundial.

LITERATURA

F. CARO CRESPO. — "La Muñeca", drama en un prólogo y tres actos. Ed. "Generación Consciente", Valencia, 107 págs., precio 1.50 pesetas.

Caro Crespo era un compañero joven y entusiasta que murió durante el gran proceso por la intentona subversiva de la noche de San Juan en España, en la cual estuvo complicado. Escribía con pasión, sacrificando todos los momentos libres del trabajo cotidiano y ha producido algunas obritas de teatro y numerosas colaboraciones en la prensa libertaria. Enfermo como estaba, su obra da la impresión de que tenía conciencia de la brevedad de su vida y de que quería dejarnos algo de lo mucho que hubiera querido decir. Este escrito póstumo se lee con un sentimiento de simpatía al recordar la temprana desaparición del autor.

PEDRO GODOY. — "A cara o cruz". — Ed. "Los Poetas". Buenos Aires; 63 págs., pre-

cio 0.20 centavos.

En un pequeño volumen ha reunido Pedro Godoy unas decenas de poesías breves, algunas de las cuales vieron la luz en esta revista. El autor tiene una personalidad, un modo de decir singular, algo que sale de la rutina y que promete mucho. He aquí el prólogo de este volumen:

"Poeta de provincia,
mis espuelas encima del asfalto,
escriben una rúbrica campera
que la goma mordaz de los neumáticos
va borrando tras mío...

Como buen campesino
abono el hospedaje ciudadano,
con flamantes monedas de esperanza
sin reparar en gastos,
con largueza,
a la moda del campo.
Porque pensar en el mañana,
nunca fué patrimonio de los gauchos!

He llegado de fuera, con la pluma
empapada con tinta de entusiasmo;
un fardo de recuerdos a la espalda,
y un gajo de bondad entre los labios.
Distraído,

andariego, rebelde, desconfiado,
soy un rudo cantor, que tiene mucho
del gringo y del paisano.

Por hombría,
por despecho canto.

Soy de los pies a la cabeza, todo,
un desgarrante grito proletario!"

Este primer ramillete no será el último con que ha de obsequiarnos Pedro Godoy. En el trabajo cotidiano y en la vida ha de continuar hallando nuevos motivos de inspiración y de rebeldía, y así seguirá cooperando con nosotros en la gran cruzada por la libertad y la justicia.

FRANCISCO RODRIGUEZ. — "Páginas de la vida", poesías. — Buenos Aires 1928.

Según se nos comunica, cuando esta pequeña colección de ensayos poéticos estaba en prensa, murió el autor, a la edad de 29 años, llevando de la vida una sensación de pesimismo, de dolor y de tristeza. La colección está dedicada a la memoria de Claudio de Alas.

HISTORIA

ROSENDO SALAZAR y JOSE C. ESCOBEDO — "Las pugnas de la gleba. Historia del movimiento social mexicano" (1907-1922). Dos partes, en 4.º, de 274 y 268 páginas, respectivamente. México 1923.

Profusamente ilustrada con fotografías y dibujos, Rosendo Salazar y J. C. Escobedo han hecho una recopilación de materiales para la historia del movimiento social mexicano. No puede decirse que se trate de una historia verdadera y propia, pero es una narración que tiene su valor documental, a pesar de la unilateralidad del juicio de los autores, que se dejan guiar demasiado a menudo por sus preferencias partidistas. Más bien que historia es una crónica periodística, en estilo periodístico, de sucesos de la revolución mexicana desde 1907 a 1922.

VARIOS

JOSE INGENIEROS. — "Del discípulo al maestro. — La personalidad intelectual del maestro J. M. Ramos Mejía, su vida y su obra. — Ed. Pablo Ingenieros, Buenos Aires., 69 págs., precio \$ 0.30.

Un estudio que interesa a los psiquiatras, a los sociólogos y a los historiadores de la cultura argentina. Ingenieros resume la vida y la obra de Ramos Mejía, el maestro, como a discípulo convertido a su vez en maestro.

F. A. Barnard. — "La pluralité en amour".
JOHN R. CORYELL. — "La valeur de la chaseté". — Un folleto de 24 págs. Ed. en dehors, París-Orleans.

Resoluciones de la conferencia sindical latinoamericana. — Ediciones del Comité pro confederación sindical latinoamericana, Montevideo.

Por este folleto, así como por el cuarto número de una revista, *El trabajador latino-americano*, también de Montevideo, nos enteramos de que los comunistas moscovitas quieren también competir con nosotros en la organización sindical continental que venimos propiciando desde hace muchos años. Es lástima que los rublos circulen tan inútilmente para la causa de la revolución, mejor dicho tan nocivamente, porque hasta aquí donde entraron los rublos moscovitas, en tiempos del zarismo o en tiempos del bolchevismo, no ha sido más que para servir directa o indirectamente los planes de la reacción.

PRENSA NUESTRA

Ha llegado a nuestras manos el cuarto número de *Alba Roja*, de la asociación federalista libertaria del Paraguay (31 de octubre). Su dirección es: Casilla de Correo 16, Asunción, Valores a F. Florentín. *La Revista Blanca* de Barcelona ha comenzado a publicar un esbozo histórico sobre el movimiento obrero en España, debido a la pluma de Max Nettlau. Un extenso trabajo que durará varios meses y que vale la pena leer y conservar.

Guilda de Amigos del Libro

Se reparte a los socios de esta institución, además de las obras anteriormente anunciadas de la Editorial LA PROTESTA y otras, la hermosa utopía de Williams Morris, *Noticias de ninguna parte*, junto con el libro de Alvaro Yunque, *Zancadillas*, ambos por una sola cotización.

También se sirve ya la primera parte del libro de Pierre Ramus, *La nueva creación de la sociedad por el comunismo anárquico*, que acaba de editarse y cuyo estudio se recomienda a todos los anarquistas.

Valores y giros a nombre de Juan Poggio, Perú 1537, Buenos Aires.

Libros y folletos publicados por la Editorial LA PROTESTA

MAX NETTLAU—

Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España. (1886-1873). — 132 págs. . \$ 0.50
Edición especial, papel pluma . „ 1.—
Encuadernado en tela „ 2.50

Errico Malatesta, la vida de un anarquista. Trad. de D. A. de Santillán. — 262 págs. „ 1.20
Edición especial, papel pluma . „ 2.—
Encuadernado en tela „ 3.50

Fernand Pelloutier y el sindicalismo (folleto) „ 0.15

RUDOLF ROCKER—

Johann Most, la vida de un rebelde.— Prólogo de A. Berkman. Dos tomos de 350 págs. cada uno. Precio, cada tomo „ 1.50
La maldición del practicismo. 32 págs. „ 0.10

RUDENKO—

En Ucrania. — La sublevación popular y anarquista. — Trad. del ruso, por J. Company „ 0.15

JAMES GUILLAUME

Miguel Bakunin. (Noticias biográficas). 42 págs. „ 0.20

MIGUEL BAKUNIN—

(OBRAS COMPLETAS)

I La Revolución Social en Francia. — Tomo primero. Prólogo de Max Nettlau. Trad. de D. A. de Santillán. Un vol. de 329 págs. „ 1.50

II La Revolución Social en Francia. — Tomo segundo. Pról. de Max Nettlau. Un vol. de 287 págs. „ 1.50

III Consideraciones filosóficas. Pról. de Max Nettlau. Un volumen de 350 págs. „ 1.50

IV Dios y el Estado. Prólogo de Max Nettlau. Un volumen de 276 págs. „ 1.50
Los mismos, encuadernados en tela „ 3.50

ERRICO MALATESTA

Anarquía. — 48 páginas „ 0.20
En el Café. — Trad. de D. A. de Santillán. Prólogo de Luis Fabbri. 108 págs. „ 0.30

PEDRO KROPOTKIN

Conferencias. — I) El Estado, su rol histórico. El Estado Moderno. — Un vol. de 146 páginas „ 0.50
Encuadernado en tela „ 1.50
A los jóvenes. — 28 págs. „ 0.10

LUIS FABBRI—

Cartas a una mujer sobre la anarquía.— Un tomo de 110 páginas „ 0.50

Influencias burguesas sobre el anarquismo. — 48 págs. „ 0.20

C. LOMBROSO y R. MELLA
Los anarquistas. (Estudio y réplica). Un vol. de 166 págs. „ 1.—
NIDO, ROCKER y NEMO

Nacionalismo y anarquismo. — 64 págs. „ 0.20

SEBASTIAN FAURE

Mi Comunismo. (La felicidad universal). — Un volumen de 432 págs. „ 2.—
Encuadernado en tela „ 3.50

“TEMAS SUBVERSIVOS”

Un volumen de 350 págs., \$ 1.50
También se vende en folletos con los siguientes títulos, a 10 centavos cada uno:

La falsa redención. — La dictadura de la burguesía. — La patria de los ricos. — La podredumbre parlamentaria. — La moral oficial y . . . la otra. — La mujer. — El niño. — Las familias numerosas — Los oficios odiosos. — Las fuerzas de la revolución. — La conmoción revolucionaria. — La verdadera redención.

J. DEJACQUE

El Humanisferio. — Un vol. de 142 págs. Pról. de M. Nettlau y Eliseo Reclus „ 0.50

WILLIAMS MORRIS
Noticias de ninguna parte „ 1.—

ELISEO RECLUS
A mi hermano el campesino . . \$ 0.10
La anarquía y la iglesia „ 0.10

JUAN CRUSAO
Carta Gaucha, 6.ª edición „ 0.10

D. A. DE SANTILLAN
La jornada de seis horas. — Sobre el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo. 28 págs. „ 0.10

AGUSTIN SOUCHY

La Ucrania revolucionaria. Resultado de un viaje de estudio desde abril a octubre de 1920. — Un vol. de 62 págs. „ 0.30

S. RADOWITZKY

La voz de mi conciencia. — 16 páginas „ 0.10

VARIOS

Certamen Internacional de LA PROTESTA.—160 páginas en 4.º, encuadernado en tela „ 2.—